

## CAPITULO LXXIII

### En la Costanilla de las Trinitarias

**G**ORRÍA á la sazón el mes de Setiembre.

Era la noche que Pimentel había elegido para obsequiar á su hija y á sus amigos, celebrando su natalicio.

El verano se despedía de un modo espléndido, y antes de abdicar, desplegaba todas sus lujuriosas galas, para que las criaturas sintieran más lo que iban á perder en breve.

Julio y Agosto nada hubieran tenido que envidiar á aquella noche, que parecía una de las más claras y poéticas de Oriente.

Era un digno epilogo de la pasada primavera, rica pan-

talla tras de la que se ocultaba el otoño, con la dulce melancolía de las regiones del Norte.

— La fiesta daba comienzo á las nueve.

A las ocho en punto llegaron dos hombres que habian subido por la calle de las Huertas á la Costanilla de las Trinitarias, los cuales empezaron á pasear por la acera opuesta á la tapia del jardín del banquero.

Sus trajes eran humildes en extremo.

Vestían blusas azules, como si procedieran de algún taller, pantalón de dril, tintado de negro, gorras de visera y alpargatas.

Sin duda esperaban algo, y para distraerse empezaron á pasear con la mayor indiferencia.

Al principio guardaban silencio, pero poco después se cruzó entre ambos el diálogo siguiente:

Uno de ellos, mirando hacia el jardín por encima de la tapia, dijo á su compañero.

— Parece que pronto empezará ahí dentro la broma.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque ya se ve luz en los árboles: se conoce que van á iluminar el jardín. Estos ricachos nada encuentran caro para divertirse; gastan lo superfluo, y el que tenga hambre que reviente.

— ¡Hacen bien! ¿Qué nos importa? Tienen negocios... de cierta clase y se sirven de nosotros para realizarlos, pagándolos á peso de oro.

— En efecto, el de esta noche nos vale cincuenta *chulés* á cada uno, lo cual es algo, porque no hay compromiso.

—Eso nos han hecho creer... sin duda por economía, es decir, por ahorrarse algunos cuartos.

—Tal vez no; la persona que habló anoche con nosotros parecía formal, y aunque iba disfrazada, conocí que se trataba de un caballero... yo creo que tengo buena nariz.

—Mira, conviene que no nos apartemos mucho de esa puerta por donde tenemos que entrar, pues puede abrirse de un momento á otro.

Y señalaba á la puerta excusada del jardín.

—Aun es temprano.

—La fiesta ha empezado ya: ¿no oyes los violines? Seguramente que eso no es una murga.

—Pero aun no ha llegado el carruaje y ya sabes que sin él no podemos hacer nada... á no ser que se modifique la consigna.

Tras estas palabras, siguieron paseándose, pero sin perder de vista la citada puerta.

Todo hacía presumir que se trataba de alguna sorpresa, de algún arriesgado golpe de mano.

Los vecinos de aquel tranquilo barrio acostumbraban á recogerse temprano.

Sin embargo, las nueve de la noche no era una deshora en el mes de Setiembre y aun discurría alguna gente por la calle, aunque en escaso número.

Las calles adyacentes al convento son solitarias aun en el día, en que se ha aumentado el vecindario, y mucho

más la Costanilla de las Trinitarias donde no había entonces más que una sola casa que lindara con el jardín del banquero, haciendo esquina á la calle de las Huertas.

En la puerta de entrada se había detenido una vieja, que en todas partes abunda, sentándose en el escalón de piedra del dintel.

—Tenía en la mano una alcuza que apoyaba sobre las rodillas, sin cuidado de mancharse el delantal con el aceite que escurría.

Era, sin duda, una vecina de la casa.

Su punto de mira fueron los dos hombres de quienes hemos hablado, que seguían paseándose descuidadamente.

A poco llegó á la misma puerta otra mujer que llevaba una libreta y un manojo de escarola.

Ambas se saludaron.

—¿Está usted tomando el fresco?—preguntó la que llegaba.

—No por cierto, señora Rita,—contestó.—La noche está más bien calurosa y hay poco fresco que tomar: me había fijado en esos dos pájaros de mal agüero.

La interlocutora volvió la cabeza, fijándose en aquéllos.

—En efecto, no tienen muy buena traza,—dijo.—¿Qué esperarán.

—¡Dios lo sabe! Puede que aguarden á alguno para desbalijarle.

—Vea usted, y ahí dentro se divierten, sin pensar en lo que pueda suceder en la calle.



—El señor Pimentel celebra hoy su santo... esta mañana ha repartido limosnas entre los pobres del barrio... ya nos contentaríamos usted y yo con lo que gaste esta noche en la fiesta.

—Seguramente; pero esos hombres...

—Tal vez los calumniamos; ellos pasean sin cuidarse de llamar ó no la atención; si tratasen algo malo se ocultarían.

—Es verdad... ¡con todo, no me dan muy buena espina!

—¿Viene usted? Ya es hora de cerrar la puerta.

—Si; vamos á cenar y á dormir... Mañana nos dirán lo que haya pasado esta noche... si pasa algo.

Y las dos mujeres desaparecieron en el oscuro interior cerrando la puerta con llave.

A todo esto eran las nueve y media.

Un carruaje cerrado subía al paso por la calle de Cantarranas, torció hacia la Costanilla, y se detuvo en la esquina de la de las Huertas, mirando al Prado.

El conductor se bajó del pescante.

En aquel momento los dos hombres de la blusa se le aproximaron.

—¡Felipe!—exclamó uno de ellos, reconociendo al ayuda de cámara del marqués.

—¿Qué hay?—preguntó el mozo.

—Eso es lo que yo digo; llevamos esperando aquí más de hora y media...

—Ya son cerca de las diez... el momento se aproxima; conviene que cada uno ocupe su puesto; vosotros sin separaros de la puerta, yo aquí, al pié del carruaje.

—¿Tendremos la fiesta en paz?

—¿Por qué no? El barrio es solitario, ya lo veis; por aquí no transita nadie, y cualquier grito pidiendo auxilio, si pudiera gritar, sería apagado con el rumor del baile y los acordes de la orquesta.

—Sin embargo...

—Sobre todo, el que tenga miedo puede retirarse; en ese caso yo me quedaría con los veinticinco duros que tengo que entregar á cada uno de vosotros, la mitad exactamente de lo que me robariais.

—¡Eso no! He dado mi palabra, y respondo por mí y por mi compañero.

—Entonces no hablemos más, y cada uno á su puesto, como os decía.

Los dos hombres se separaron de Felipe.

Este quedó revisando el freno de las dos arrogantes mulas que tiraban del carruaje, precaución que no debe descuidar ningún conductor, aun cuando sólo se trate de dar un paseo.

Adquirida la seguridad de que el freno estaba corriente, abrió una de las portezuelas, que tenían corrido el cris-

tal y las cortinas, aun cuando ya hemos dicho que aquella noche de Setiembre parecía una de Julio, á causa del calor.

Después se apoyó en la esquina de la calle, sin abandonar la fusta, mirando hacia la Costanilla, por donde no transitaba nadie, lo mismo que por la de las Huertas y Cantarranas.

Los fautores de cualquier hecho *non sancto* que se intentase no podían quejarse del sitio.

Les brindaba la más absoluta impunidad.

Ya hemos dicho que los dos lados de la calle estaban ocupados por la fachada del convento y la tapia del jardín.

Por consecuencia, no había vecinos importunos que con achaque de tomar el fresco los espieran.

Calles de poco tránsito durante el día, estaban solitarias por la noche.

Además, en aquella época la seguridad individual estaba medianamente garantida.

Aquel barrio, que se consideraba aun como uno de los del Madrid viejo, entre cuyos guijarros crecía la yerba, conservaba todavía algo del siglo xvii, solamente que tras de sus rejas no era ya muy común ver á la joven que, á hurtadillas del viejo tutor, hablaba con el galán, mientras velaba la dueña en la estancia contigua para prevenir cualquier inoportuna sorpresa.

De manera que el rezagado transeunte, espoleado por el miedo de un encuentro posible con gente de mal vivir y

aficionada á lo ajeno, caminaba con precipitación, sin pensar en un estéril espionaje por satisfacer su inquieta curiosidad.

Aquellos hombres no tenían nada que temer.

Nadie había reparado en ellos, á excepción de las dos vecinas, cuyo diálogo hemos copiado, las cuales debían estar en sus respectivos lechos pensando en la digestión de la cena.

---

La tranquilidad de aquella noche serena y apacible sólo era turbada por un alegre rumor que llevaba en sus alas la brisa retozona hasta las frondosas arboledas del Prado.

El rumor de la fiesta que tenía lugar en el jardín.

Se oía hacia la calle ese ruido alegre que producen muchas conversaciones sostenidas á la vez por personas que se divierten, muy semejante al que produciría un inmenso enjambre de abejas en torno de muchas colmenas.

Interrumpíanle á menudo locas carcajadas femeniles, exclamaciones de alegría, y alguna que otra palabra suelta, que podía percibirse gracias á lo subido del diapasón con que era pronunciada.

Todo cesaba de repente cuando la orquesta dejaba oír el primer acorde de un vals ó de una polka.

Entonces la armonía apagaba el ruido de las conversaciones, obligando al oído.

La música tiene de noche cierto encanto de que carece con la luz del sol.

La sombra le da cierta poesía indefinible.

Es una preocupación creer que todas las buenas composiciones musicales han sido inspiradas de noche; pero la preocupación es muy común.

---

Sonaron las once.

A la sazón la orquesta ejecutaba un vals del célebre Strauss.

Los que velaban junto á la puerta oyeron que la llave giraba en la cerradura, con la vacilación que imprime una mano poco práctica.

—¡Atención!—exclamó uno de ellos en voz baja.

Ambos se pusieron en guardia como dos adversarios que van á batirse.

La puerta se abrió con cuidado.

—¡Vamos!—dijeron desde adentro con tono de mando.

Los de las blusas desaparecieron.

La puerta quedó entornada.

---

Algunos minutos después se oyó un débil grito, que aun con serlo sobrepujo uno de los *tutti* de la orquesta.

Felipe, que había visto desaparecer á los dos hombres, corrió á la portezuela del carruaje, suponiendo que se acercaba el momento crítico.

Las mulas hicieron resonar sus herraduras sobre los guijarros de la calle, de los que arrancaban algunas chispas.

En aquel momento la puerta volvió á abrirse apareciendo en su oscuro dintel, oscuro porque no participaba de la claridad que despedían los faroles á la veneciana, un grupo informe que tenía algo de siniestro.

Los dos hombres arrebatában á una mujer que vestía un blanco y lujoso traje de baile.

Uno la llevaba asida del talle.

El otro, ciñéndola el cuello con el brazo izquierdo, apretaba con la mano derecha sobre su boca un pañuelo que debía sofocar sus gritos.

La infeliz trataba de defenderse, pero en vano.

Y á pesar de aquella mordaza, aun dejaba oír algunos gemidos.

Los acordes de la orquesta y la tranquilidad de una noche de verano, hacían más lúgubre aun el carácter de aquella escena.

Con la rapidez del relámpago bajaron la empinada pendiente de la Costanilla.

La mujer no tocaba con los piés al suelo.

Así se acercaron al carruaje, introduciéndola por la portezuela que Felipe había dejado entornada.

Los dos hombres penetraron detrás, cerrando aquélla con un fuerte golpe.

Felipe, que ocupaba ya el pescante, fustigó las mulas que, hartas de esperar, arrancaron con brío por la calle de las Huertas con dirección al Prado.

El coche se perdió entre la sombra; y como única huella de su rápida carrera, iba dejando un ramillete de chispas que arrancaban del pedernal las herraduras de las mulas.

En el mismo instante en que la infeliz mujer penetraba en el carruaje impulsada por las ásperas manos de sus raptores, Julio Mendizábal que acudía á la cita de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, bajando por la calle de las Huertas, llegaba á la esquina de la Costanilla.

Aunque no presencié la escena, pudo enterarse de ella en su última parte.

Vió el extremo de una falda blanca enganchada en el estribo, oyó un gemido medio sofocado, y la voz de Felipe, que desde el pescante decía á sus compañeros:

—¡Vamos!... no seais pesados.

Luego los hombres de las blusas desaparecieron dentro del carruaje, y éste partió al galope.

Quedó parado en la esquina breves momentos sin darse cuenta de lo que había visto; pero desde luego comprendió que se trataba de algo raro y anormal.

¿Cómo una mujer que vestía con lujo, admitía por compañeros en un carruaje á hombres de tal estofa?

Sin saber por qué se le oprimió el corazón, compadeciendo en su interior á aquella dama.

Pero no era caso de estar haciendo comentarios sobre un hecho que desconocía.

Avanzó hacia la puerta del jardín.

Esta cedió fácilmente á un ligero impulso de su mano.

Julio asomó tímidamente la cabeza hacia el interior del jardín.

Allí estaba Magdalena.

No debía esperarle, porque manifestó cierto asombro al verle.

—¡Esto es muy raro!—exclamó.

—¿El qué?—preguntó el mancebo.

—Lo que sucede: no he abierto la puerta, y sin embargo, lo estaba, teniendo yo la llave en el bolsillo.

—¿Luego no me esperaba usted?

—Venía ahora á facilitarle la entrada, suponiendo que acabaría usted de llegar.

—¿Y la señorita Sofia?

—Estaba ahora mismo junto al tronco de la encina; me separé de ella para buscar la llave.

—¿Y ahora?

—No la veo...

—¿Cómo puede haberse retirado, sabiendo que yo iba á llegar de un momento á otro?

—No sé lo qué pueda haberla sucedido.

—¿Luego la ha sucedido alguna cosa?

—¡Lo ignoro!...

En aquel momento se oyó la voz del banquero que, seguido de algunos amigos, exclamaba:

—¡Sofía!... ¡Sofía!... ¿pero dónde está mi hija?

Julio tuvo no más que el tiempo preciso para salir á la calle y entornar la puerta.

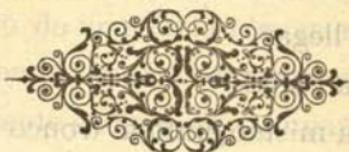
Así pudo librarse de las miradas de Pimentel.

¿Qué significaba la ausencia de la joven, que hasta había llamado la atención de su padre?

De pronto se estremeció, exclamando:

—¡Dios mio! ¿Sería ella...?

Se acordaba de aquella falda blanca, de aquel gemido y de aquel carruaje, cuya marcha rápida parecía más bien una fuga.





## CAPITULO LXXIV

### En el que Pimentel cree volverse loco

**P**A fiesta dada por el banquero, estaba espléndida hasta el extremo de sorprender á sus mismos convidados que tenian la costumbre de asistir á fiestas por el estilo.

Pimentel había convertido su vetusto jardin en uno de esos encantados vergeles de que nos hablan las *Mil y una noches*.

No ignora el lector que sabía hacer las cosas con lucimiento y que todo lo que él hacía, brillaba por la esplendidez y el gusto.

Millares de farolillos de colores colgaban de las ramas de los árboles, formando graciosas guirnaldas de las que se desprendía un misterioso fulgor, compuesto de todos los colores del prisma.

En aquella época, la iluminación á la veneciana, que tanto se prodiga hoy, era muy poco conocida en España; su efecto era prodigioso y se tenía por un lujo.

Macetas con las plantas más delicadas y exóticas, formaban graciosos y artísticos grupos.

Se habían improvisado lindos kioskos cubiertos de ramaje y flores, en cuyo centro, en jaulas de alambre dorado, gorjeaban alegremente los amarillos canarios, tomando aquella claridad por la que producen los rayos del Sol.

Dos tiendas de campaña, con pabellones de seda, brindaban á los convidados toda clase de refrescos, dulces y licores.

La orquesta estaba oculta en un bosque artificial, del que partían armonías dulcísimas y suaves halagando el oído de los que no se dedicaban á la danza.

En los salones que daban al jardín bailaban también aquellos que no querían tomar el relente de la noche.

En dos gabinetes contiguos, había mesas de *tresillo* para las personas de edad.

El opulento banquero, que hacia los honores ayudado por su linda hija, reunía en su casa á lo más selecto de la corte en nobleza, hermosura, talento, dinero y posición.

Román fué uno de los primeros que acudieron á disfrutar de la fiesta.

Sin embargo, no bailaba, ni jugaba, ni se distraía hablando con sus amigos, como en otras reuniones.

Parecía tener un fin al que se dedicaba todo entero, una misión que cumplir aquella noche.

La de no perder de vista á Sofia, haciendo todo lo posible porque la joven no se apercibiera de aquel mudo espionaje.

Estaba emocionado, inquieto y febril, pudiendo asegurarse que el baile no tenía para él ningún atractivo y que había ido allí para otra cosa.

Sofía, ocupada como estaba en recibir á sus amigas, no llegó á reparar en el extraño ademán del marqués, en su intranquilidad siempre creciente, ni en su palidez melo-dramática.

Pero no faltó quien lo hiciera.

Acaso Román descuidaba su papel.

Aquella preocupación era superior al deseo de ocultarla.

Entre los cortinajes de una de las tiendas de campaña estaba un grupo compuesto de cuatro jóvenes que habían elegido aquel observatorio para dirigir galanterías á las muchachas que entraban y salían en busca de refrescos y dulces.

No hay para qué decir que también murmuraban un poco, añadiendo algunos epigramas á la crónica escandalosa del día.

Esta es la salsa de toda reunión donde no se hace nada

formal, y un baile sin murmuración es un desposorio donde falta la novia.

Román, deslizándose como un fantasma, pasó por delante de la tienda sin detenerse, cambiando un ligero saludo con los jóvenes.

—¡Pardiez!—exclamó uno de ellos.—¿Qué le pasará esta noche al marqués?

—¡En efecto, nunca se le ha visto así!—replicó otro.

—¡Ni aun después de perder al *tresillo* algunas monedas de oro!

—Está inquieto como un hombre que medita un crimen.

—Parece la sombra de Banquo en el banquete de lady Macbeht.

—Más bien es Silva haciendo resonar la fatídica trompa en el desposorio de Ernani.

—¿Qué maquiñará?

—Sin duda conspira contra el gobierno.

—Propongo que se nombre una comisión de nuestro seno para preguntarle si es un agente de Cabrera.

—¡Ya he adivinado lo que busca!

—¿Qué es?—preguntaron los demás, aproximándose al que había hablado.

—¿No lo sospecháis?

—¿El movimiento continuo?

—¿La navegación del Manzanares para hacer á Madrid puerto de mar?

—¿El desenlace de un drama?

—¡Bah!...

—¿Qué es?... habla... habla...

—Pues busca... el tiempo que ha perdido haciendo esfuerzos inútiles para enriquecerse.

Todos lanzaron una carcajada.

La reunión se deshizo al oír que la orquesta preludiaba un rigodón.

Eran las once menos cuarto.

Sofía, que no olvidábase de la cita con Julio, calculó que estaría para llegar de un momento á otro.

Su impaciencia era grande por verle y hablar con él.

En un instante en que se vió libre de sus deberes de recepción, se dirigió apresuradamente hacia la casa del jardinero en busca de Magdalena, que era la que había de facilitar la entrada en el jardín á su amante.

Pero no estaba allí.

Sin duda la esperaba junto al tronco de la encina para ponerse de acuerdo con ella.

Corrió hacia el sitio indicado, trémula de emoción, porque se acercaba el instante.

El árbol estaba entre la casa del jardinero y la puerta que se abría sobre la Costanilla, más cerca de ésta que de aquélla, en el ángulo que formaban dos calles de tilos, una de las cuales corría paralela á la tapia.

Allí acudió Sofía, viendo con extrañeza la ausencia de la jorobada.

¿Dónde podía estar en un momento tan crítico?

Acaso se ocupaba en abrir la puerta para que penetrara Julio.

La joven vió la sombra de un hombre que venía en aquella dirección.

Su amante acaso.

Avanzó hacia él.

Bien pronto echó de ver que se había engañado al reconocer al marqués de Moratalla.

Tal vez la espiaba.

Pero ¿con qué intento? Porque, á su juicio, debía carecer de antecedentes.

Sin embargo, su presencia era sospechosa en un sitio separado algún tanto del que se celebraba la fiesta.

Quiso huir, mas no pudo; Román, que la había conocido, se dirigía hacia ella.

Esquivar su presencia hubiera sido darle en qué pensar.

La joven esperó á pié quieto, temblando, sin embargo, al pensar que Julio pudiera haber penetrado en el jardín y tropezarse con ellos.

—¡Sofía!—exclamó Román, fingiendo sorprenderse.—  
¿Abandona usted el baile?

—Por lo visto no soy sola,—contestó aquélla, procurando serenarse.

—En efecto, he llegado hasta aquí huyendo del bullicio... y lo celebro; no conocía esta parte del jardín... es muy frondosa.

—Por lo inculta.

—¿Quiere usted que la recorramos? Es decir, sino hago mal tercio á alguno á quien haya usted prometido un vals ó un rigodón.

Y el marqués la ofreció el brazo galantémente.

La joven estaba en ascuas.

No se atrevía á rehusar; pero aceptando se exponía á que Magdalena, no estando advertida, facilitase á Julio la entrada en el jardín, en cuyo caso Román se enteraba de lo que no era conveniente que supiera.

Después de un instante de vacilación, aceptó el brazo que la ofrecía el marqués con la idea de apartarle de aquel sitio, deshaciéndose de él en seguida con cualquier pretexto.

—¡Gracias!—dijo Román.—Pasearemos un rato; pues la noche está deliciosa.

—Por aquí no;—replicó Sofia, tratando de separarse del camino de la puerta.

—¿Por qué? Ya he dicho que no conozco esta parte de la casa y me gusta.

—¡Está esto tan descuidado!

—Pero lleno de poesía por el mismo descuido del jardinero.

Sofia se dejó conducir; no creyendo que Román tuviese interés determinado en llevarla por allí.

Todo era cuestión de tres ó cuatro minutos.

Apresuró el paso por aquello de que el mal camino debe andarse pronto.

Llegaban al ángulo formado por las dos calles de tilos; un perfil de romero unía los árboles entre sí.

—Vamos, ya es hora,—dijo Román con singular entonación.

La joven le miró sorprendida, porque aquella frase nada tenía que ver con la conversación que llevaban.

Era sin duda una señal convenida.

De repente los dos hombres que habían penetrado poco antes, salieron de entre la espesura sumida en la sombra por la proyección de la tapia.

Antes que Sofía pudiera darse cuenta de lo que pasaba, se vió sujeta y arrebatada por los robustos brazos de aquellos ganapanes que la empujaban hacia la puerta de la calle distante pocos pasos de aquel sitio.

Quiso gritar; pero ya hemos dicho que uno de sus raptos la cubría fuertemente la boca con un pañuelo.

Lo que la produjo una verdadera indignación en medio del susto natural por tan atrevido golpe de mano, fué el ver que Román soltaba su brazo, entregándola por completo á aquellos foragidos.

Esto la probó su traidora connivencia con ellos.

Había caído en un lazo infame.

Ya sabemos lo que sucedió después.

Magdalena llegaba á la puerta por la parte del jardín,

ignorante de lo sucedido, á tiempo que se presentaba Julio en la Costanilla.

Román, como si tal cosa, y completamente tranquilo, volvió al sitio de la fiesta, en el momento en que el banquero, necesitando de su hija, hacia á sus criadas que la buscasen en el sitio en que estuviera.

Todo fué inútil.

La joven no parecía por ninguna parte; estaba ya muy lejos de allí.

—¡Pero esto es inconcebible! ¿Dónde se ha metido?— exclamaba el banquero sin sospechar lo que pasaba.

Román le contemplaba á hurtadillas; en sus labios se veía brillar una sonrisa mefistofélica.

Por último, llevándole aparte, le dijo en voz baja:

—Amigo Pimentel, no llame usted á su hija porque no vendrá

—¡Cómo! ¿Usted sabe de ella?—preguntó el banquero admirado.

—Sé.

—¿Dónde está?

—Lejos de aquí.

—¿Fuera de mi casa?

—Fuera.

—¿Pero qué significa esto, señor marqués?

—Amigo mío, se trata de una cosa muy grave, de la que no tardaremos en hablar.

—¿De alguna desgracia?

—No; tranquilícese usted, y escúcheme. Voy á permitirle darle un consejo.

—¿Un consejo?

—Acerca de lo que creo que debe usted hacer... de lo que yo haría en su lugar.

—Explíquese usted, ¡voto al diablo!

—Para evitar el escándalo que esta brusca y repentina desaparición ocasionaría, es conveniente que usted haga correr la voz de que su hija se ha retirado á sus habitaciones sintiéndose indispuesta.

—Pero...

—De este modo la gente empezará á retirarse, y dentro de una hora quedaremos solos. Entonces le daré la explicación que ahora rehuyo por falta de tiempo, porque es preciso que usted se entere cuanto antes de todo lo que pasa.

—¡Lo qué pasa! ¡está usted enterado de ello, y yo lo ignoro!

—¡Por Dios, Pimentel! Siga usted mis instrucciones, si verdaderamente está usted interesado en que esta situación no se prolongue.

El banquero quiso insistir, comprendiendo que el papel que representaba era bastante desairado.

Pero Román le empujaba dulcemente hacia los salones, diciéndole para tranquilizarle:

—Nada tema usted; á Sofia no la amenaza ningún peligro.

Pimentel entonces, agujoneado por la curiosidad y la impaciencia, obedeció las indicaciones de su misterioso amigo, con quien quería quedarse solo cuanto antes. —

Poco á poco la numerosa reunión que recibía en su casa, fué enterándose de la repentina dolencia de Sofia que la había obligado á retirarse.

La noticia causó sensación y enojo. —

Todos apreciaban á la joven lo bastante para sentir cualquier cosa desagradable que pudiera sucederla.

Y al mismo tiempo este era un motivo poderoso para que se interrumpiese, á la una de la mañana, una fiesta tan espléndida que debía haber durado hasta las cuatro, con gran contentamiento de todos.

Así es que en media hora quedaron vacíos el jardín y los salones, reinando el silencio donde antes habían reinado el ruido y la alegría.

---

Quando el banquero se vió á solas con Román, le dijo:

—¿Y ahora me negará usted la explicación que me debe?

—No, señor; pero antes le aconsejo que sustituya el frac con un gabán.

—¡Pardiez! ¿Se burla usted de mí? ¿Qué tiene que ver el traje con mi situación actual?

—Es que vamos á salir, y conviene evitar en lo posible el relente de la noche.

—¿Que vamos á salir?

—Ahora mismo.

—¿A donde?

—A la quinta de las Acacias.

—Esa posesión es de mi propiedad; ¿qué tenemos que hacer en ella á una hora tan avanzada de la noche?

—Es que allí nos espera Sofia.

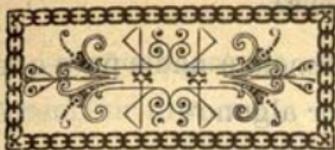
—¡Mi hija!... ¡en verdad que es singular todo lo que me está sucediendo! ¡Sofia desaparece del baile, y me espera en un despoblado! ¿acaso ha tenido usted parte en su desaparición?

—Es obra mia.

—¡Señor marqués!

—¡Acabemos! Si tal es su impaciencia, haga lo que le digo, y se enterará cuanto antes de lo que acabo de hacer para salvarle el honor.





## CAPITULO LXXV

### Con buena liga se cazan buenos pájaros

**P**RODUJERON estas palabras en el banquero el efecto que le hubiera causado un rayo, estallando sobre su cabeza:

Ya era bastante que su hija desapareciese de su casa en medio de una fiesta, sin saberlo él, para que le hablasen de su honor, en términos que parecía comprometido.

¿Qué había pasado?

¿Cómo un hombre, extraño á su familia, está en antecedentes que él no conocía?

¿Qué significaban aquellas palabras?

Detuvóse delante de Román, que aparecía perfectamente tranquilo, y frunciendo el ceño, le increpó de este modo:

—¿Sabe usted que no he dado licencia á nadie para que defienda mi honor, si es atacado por alguno?

—Amigo Pimentel,—contestó Román,—serénese usted, y escuche con calma lo que tengo que decirle.

Yo acabo de hacer por usted, sin consultar su voluntad, lo mismo que usted, en idéntico caso, hubiera hecho por mí sin consultar la mía.

—¿Erigiéndose en mantenedor de mi derecho? Para eso me basto yo solo. ¿Quién le ha autorizado?

—La amistad que hace tiempo le profeso.

—No es bastante.

—Mi deseo de impedir que usted, cegado por la ira diese al asunto otro sesgo, que sin evitar el escándalo hubiera arrastrado consecuencias peligrosas.

—En fin, hable usted; tengo derecho á exigirlo: yo agradezco la intención que le guía; por más que no la conozco, supongo que será buena.

Pero no deja de chocarme que sin contar conmigo se haya confabulado con mi hija para sacarla de mi casa esta noche.

—No la he sacado enteramente de su casa, puesto que ahora está en otra de la pertenencia de su padre. En cuanto á lo demás, no ha habido tal confabulación, pues tuve que valerme de la fuerza, toda vez que Sofía se hubiera negado á seguir mis indicaciones.

—¡De la fuerza!—exclamó el banquero estupefacto.

—Justamente.

—Señor marqués, me parece que nuestra entrevista va á concluir muy mal.

—Yo opinó lo contrario.

—En resumen...

—Escuche usted, y no me interrumpa; así se satisfará más pronto su natural impaciencia.

Todo el móvil de mi conducta es el amor que profeso á su hija, amor que parece hacer mío todo lo que se relaciona con ella.

Y no voy á tardar en exhibir á usted una prueba de que es cierto lo que digo.

Hace algunos meses que descubrí, en vista de su repulsa á mi cariño, sin explicarme los motivos con lealtad, que estaba enamorado, como le dije.

—Lo recuerdo.

—Los dos creímos, y usted principalmente, que se trataba de un pasatiempo.

—¿Y no lo es?

—No, señor; ambos nos engañábamos; Sofia estaba enamorada formalmente de un hombre bastante inferior á ella, que no puede contentar la justa ambición de un padre amante.

—¿Usted sabe?...

—Todo lo que ha pasado... y después de saberlo, he comprendido que su hija no podía ser con usted ni conmigo, todo lo franco que hubiéramos deseado.

Sofia ha burlado la vigilancia de usted y de doña Clara hasta un extremo inconcebible.

Cuenta con un aliado misterioso dentro de esta casa, que debe haber proporcionado á los dos amantes frecuentes entrevistas á solas, á juzgar por los resultados. Y—

—¡Resultados!—interrumpió el banquero con visible inquietud.—¿Y cuáles son éstos?

—¿No comprende usted [hasta dónde pueden llegar dos jóvenes que se aman y pasan horas y horas uno al lado de otro sin que nadie les moleste?

—¡Marqués!... ¿qué quiere usted decir?

—Que ya debía usted haber adivinado.

—¿Acaso mi hija ha faltado á sus deberes?... ¿á los principios de sana moral que yo inculqué en su mente desde que era niña?

—¡Triste es confesarlo!

—¡Román!

—Sofía...

El marqués se interrumpió, y bajando mucho la voz, aunque era precaución inútil, puesto que estaban solos, dijo:

—Está en cinta.

---

Esta frase tan sencilla, pero tan grave, cayó sobre el banquero como una maza que le hubiera aplastado la cabeza.

En todo pensaba menos en aquello.

Creía que el secuestro de su hija era un medio violento de que Román se había valido para rendir la voluntad de la niña y obtener su mano.

Educada en las sanas máximas de moral, con cierto recogimiento, bajo la inmediata vigilancia de una mujer como doña Clara, de quien tenía los mejores antecedentes, sin lecturas peligrosas y sin amigas que la dieran malos consejos, estaba muy distante de suponer lo que acababa de oír.

Si Sofía le engañaba hasta ese punto para él inverosímil, no habría padre en el mundo que pudiese poner las manos en el fuego por la virtud de su hija.

Por mejor decir, la virtud era una mentira, cuando más, una hipocresía.

Si Román hubiera sido capaz de tener lástima de alguien que se atravesara en su camino para conseguir sus fines, hubiera compadecido al banquero.

Mejor hubiese dudado de la virtud de su difunta esposa que de su hija.

Estaba anonadado, trémulo, sin comprensión, incapaz de entregarse á un acto de furor, porque creía que era víctima de un sueño, y que todo aquello iba á concluir afortunadamente al despertar.

Un padre que se ve traicionado por su hija, sufre tanto ó más que un marido á quien engaña su mujer.

Por último, pasándose la mano por la frente y lanzando un suspiro, como si se convenciera de que era realidad lo que él creía sueño, dijo:

—Refiéramelo usted todo; ¡no me ha de faltar valor para oír lo menos, cuando ya sé lo más!... Pero aun dudo... Román, puede que usted se engañe.

—¿Cree usted que de mis labios hubiera salido acusación tan grave contra el honor de una joven á quien idolatro, si no tuviera la evidencia de que no mentía?

—Es cierto.

—De lo demás, ya he dicho bastante; el hombre que la ha seducido, es indigno de ella.

Ya sabemos que Román mentía como un bellaco.

Sobre no ser cierto lo que aseguraba tan gratuitamente, no conocía á Julio.

Pero en calumniar no había ningún mal, y si alguna ventaja.

—¿De modo,—repuso el banquero,—que de un hombre de tales condiciones no puedo exigir una reparación?

—De él no.

—¿Pues de quién?

—De mí.

—¡Marqués!... ¿De usted que no me ha ofendido?

—Yo me casaré con Sofia, contando, como usted me ha prometido, con su consentimiento.

El banquero le miró, creyendo que se burlaba de su desgracia.

A sus ojos aparecía absurdo que un hombre aceptase la mano de una mujer, sabiendo que estaba deshonrada.

En aquel caso podía haber mucha ignorancia, ó mucho de Poncio y de Mucio Scévola.

Pero Román, que leía en el rostro del banquero cierto mal efecto causado por sus últimas palabras, se apresuró á replicar para destruir aquella impresión poco favorable:

—Amigo Pimentel, no haga usted comentarios sobre mi conducta, ni me juzgue antes de oírme.

He dicho, y volvió á repetir, que amo á Sofia con locura, y que por ninguna mujer me comprometeria á la mitad de lo que pienso hacer por ella.

Esta joven está perdida, aun cuando su seductor se presentara á remediar el mal que ha hecho.

Cualquier mancha en el sol se advierte en seguida, con estar tan distante de nosotros; y las mujeres que brillan en la sociedad tienen menos medios de ocultar su deshonor que las de clase más inferior.

Por mucho que se quiera ocultar, en el estado en que están las cosas, siempre constaría que ella tenia un hijo antes de la edad legal para todo matrimonio honrado, y usted, con todas sus millones de boyardo, no podría usted lavar la mancha que recae sobre su hija.

—¡Es dolorosamente cierto!—murmuró el banquero, elevando la mirada.

—¿Quién da su apellido á una mujer que se encuentra en tal estado? ¿Quién quiere cargar con hijos que no son suyos?

—Ningún hombre de honor.

—¡Ni aun amándola tanto como yo amo á Sofia! La vergüenza impone deberes que es necesario cumplir, cuan-

do uno quiere marchar con la frente alta, y la mirada fiera.

Pues bien, hay un medio de evitar el escándalo que amenaza á usted y á su casa; un medio que puede hacer á Sofia á los ojos de todos tan honrada como hoy la presumen, y que, aun á mí, que lo sé todo, me la presentaría con su pristina pureza, hasta el extremo de que no rehusaría pretender su mano...

—Y ese medio ¿cuál es?—interrumpió Pimentel con ansiedad.

—Destruir las huellas de su falta.

—¿No comprendo bien!

—Dar muerte en su seno al sér que todavía no está formado.

—¿Un infanticidio!

—No tanto: el infanticidio se comete cuando la criatura es, y ve la luz y respira el aire; un embrión puede destruirse sin remordimiento.

—Y entonces...

—Entonces ella quedaria en el caso de honrar al hombre á quien entregara su mano.

—Pero usted...

—No quiero imponerme por la fuerza de las circunstancias; pero dejo á su consideración lo que he hecho en obsequio del padre y de la hija.

—Y bien, ¿qué ha hecho usted? Yo debo saberlo...

—Es muy justo: devolver á Sofia su honor, á lo menos en apariencia.

—¿Cómo?

—Destruyendo esas huellas, que le comprometían indudablemente.

—¡Marqués!...

—¿Para qué, sino para eso, me la he llevado esta noche á la quinta de las Acacias?

Aquí se hubiera traslucido el caso entre tantos servidores.

He obrado sin la anuencia de usted... tal vez he hecho mal.

Pero mi conciencia no me remuerde; está muy tranquila.

Usted tenía ayer una hija deshonrada, mofa y escarnio pudiera haber sido de la sociedad que frecuenta, y los hombres de su círculo hubieran despreciado su mano.

Yo se la devuelvo pura... pura, sí, porque del cristal desaparece el aliento que le empaña.

Esto lo he hecho por amor á ella, por amistad á usted, sin que me guíe más que la satisfacción que me produce el bien que hago.

Porque yo, que he sido el primero en descubrir la falta debía serlo también en poner los medios para borrarla.

De modo que, empezando por decirle como hace poco: «su hija está en cinta,» debo terminar diciéndole: «El sol ha recobrado su brillo, porque se disipó la nube que le empañaba.

No se podía hacer más por la amistad y por el amor, ni ser más generoso, ni más digno, ni más héroe.

Si la abnegación pudiera venderse, el marqués se hubiera hecho rico aquella noche.

Cualquier padre que tropezase con un hombre como él, estaría deseando que su hija se deshonrara para obtener tan discreta y tan cumplida reparación.

Román hubiera podido poner á la puerta de su casa este letrero:

*Se compone loza y cristal para uso de las doncellas menesterosas, y de los padres crédulos.*

Pimentel le tendió la mano.

Había caído en la red tan habilmente dispuesta.

El marqués hacía el bien por el bien, sin esperar recompensa.

¡Quién era capaz de saber si después de su muerte daría lugar á un expediente de beatificación!

Y con todo, el muy trapacero, aparecía á los ojos de Pimentel confuso, avergonzado, como si tuviera que acusarse de haber cometido alguna mala acción.

—Marqués;—le dijo el banquero interrumpiendo el silencio,—¿Ama usted á mi hija?

—¡Me lo pregunta usted después de haber patentizado mi conducta ante sus ojos! Pues si no la idolatrara ¿hubiese hecho lo que acaba de oír?

—Digo que si la ama usted hasta el extremo de casarse con ella.

—¡Sería ese el día más feliz de mi vida!

—¿Pensará usted mañana como hoy?

—¡Eternamente! Una falta que no deja huella, no es falta; además, á Sofia la disculparé sus pocos años.

—Pues yo le empeño mi palabra de que será su esposo.

Román no fué dueño de reprimir un estremecimiento de alegría.

Se le figuraba oír el rumor metálico que producirían las monedas acuñadas del banquero, que representaban tantos millones, al caer en su gaveta.

Después de todo, ¿qué le importaba el honor, ni qué el que Sofia le hubiera escupido á la cara?

El marqués tenía una epidermis de baqueta, á prueba de toda clase de insultos.

Pimentel se puso en pié, exclamando casi con alegría:

—Vamos á mi quinta de las Acacias.

El marqués le detuvo, diciéndole:

—Nada de recriminaciones ni de palabras duras; lo hecho, hecho está; además, la joven estará muy emocionada.

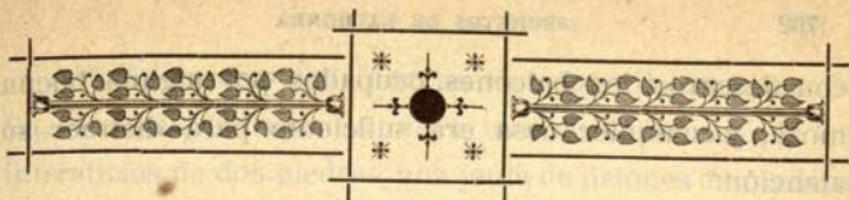
—Yo me contendré.

—Que vea á un padre que la perdona, y no á un juez que la hace cargos.

—No tenga usted cuidado, amigo mío; seré padre antes que juez.

Media hora después de este coloquio, caminaban los dos hacia la quinta de las Acacias, en una berlina de la propiedad del banquero.





## CAPITULO LXXVI

### Cuestión de sangre

**E**N la tarde que precedió á la noche de la fiesta en casa del banquero Pimentel, nuestro conocido Felipe, el honrado ayuda de cámara del marqués de Moratalla, cruzaba la plazoleta de Puerta-Cerrada, y tomando la acera de la izquierda, siguió hacia la calle de Segovia.

Al ver su rostro picaresco, que tantas veces se había inclinado sobre el tablero de las mesas de billar, se adivinaba que la satisfacción no le cabía en el pecho.

Caminaba con ese paso descuidado é indolente del hombre que no tiene nada que hacer.

Cuando pasaba á su lado alguna chica agraciada le soltaba un piropo, más ó menos subido de color, miraba

con descaro á los balcones, ocupados por alguna buena moza, y cualquier cosa era suficiente para distraer su atención.

Era indudable que Felipe en aquel momento, si no se codeaba aún con la felicidad, iba á su encuentro por lo menos, y que tenía muchas probabilidades de alcanzarla.

Pero antes de llegar á la plazuela de la Cruz Verde, se detuvo ante una vetusta casa, situada en la acera de la derecha de dicha calle de Segovia.

Daba ingreso al piso bajo, además del portal, una puerta con cristales desde la mitad superior, pintada de verde oscuro, con un botón dorado que la servía de pica-  
porte.

Sobre ella campeaba una muestra, donde se leía con caracteres negros:

LÓPEZ, CIRUJANO MENOR

Y pintado sobre uno de los cristales, este letrero:

*Se extraen muelas y raigones*

Debajo de la muestra, colgada en un delgado hierro saliente que afectaba la forma de una *ese*, se bamboleaba una vacia dorada, cuyas abolladuras eran indicio de su antigüedad.

Al lado opuesto de la puerta, algo más bajo que aquélla, se enganchaba en un clavo introducido en uno de los intersticios de dos piedras, una jaula de listones de madera y alambre, habitación de un mirlo, cuyo pico amarillo se abría por la mañana y por la tarde para engullir su escasa ración de carne picada, y en las demás horas del día para silbar la marcha real, única cosa que había logrado aprender en cinco años de taladrar los oídos de la vecindad y de los transeuntes.

Era un mirlo realista.

Felipe abrió la mampara de cristales y entró en la tienda-barbería, cuyo mueblaje era en extremo sencillo y modesto.

Todo él correspondía á las necesidades de la profesión del dueño.

Navajas, paños, frascos de aceite, dos sillones de baqueta delante de dos espejos de marco dorado, en cuyas cañas habían impreso las moscas algunos arabescos, y media docena de sillas de Vitoria.

Hé aquí todo.

Cuando entró Felipe, un hombre con una larga blusa de percal, sentado en uno de los sillones, y con una mugrienta guitarra sobre las rodillas, que acusaba las caricias de una generación de barberos, se regalaba el oído, ejecutando el *punto de la Habana*.

Era un hombre joven aún; contaría unos treinta años, y á juzgar por su rostro, perfectamente rasurado, y por

su cabeza correctamente peinada y perfumada, no había inconveniente en tomarle por el dueño del establecimiento.

Lo era, en efecto, y bastante acreditado en el barrio, como práctico en partos y dentista de primera fuerza.

Tenía conocimientos especiales sobre la tenia ó solitaria, y además hacía hablar á la guitarra en sus ratos de ocio.

Al reconocer á Felipe se levantó, tendiéndole la diestra, mientras que sostenía el popular instrumento con la izquierda.

El ayuda de cámara le saludó también con efusión.

Habían sido condiscípulos en el billar de la calle de Atocha, cuando Felipe tuvo el proyecto de estudiar en San Carlos.

Sólo que el barbero aprovechó más el tiempo, lo cual fué causa de que no sobresaliera en el manejo del taco.

—¡Tú por aquí!—exclamó el barbero, manifestando en su rostro la satisfacción que le producía la presencia de su camarada.

—Vengo á verte,—contestó Felipe, tomando asiento, mientras se arreglaba el cabello con un peine, delante de un espejo.

—Por lo mismo que no menudeas tus visitas, las agradezco más.

—No puede uno emplear el tiempo á su antojo.

—¡Por lo visto te va bien en el servicio doméstico!

—¡Pshé!... no tengo motivos para quejarme de mi suerte...

—Tú sirviendo, cuando debias estar establecido como yo.

—¡Si como tú hubiera estudiado!... en fin, no hablemos de eso: el hombre es hijo de las circunstancias, y es inútil que quiera pelear contra el destino.

¿Y Mamerta?

—Chico, bien... preparándose para darme un nuevo heredero.

—¿Y será el segundo? Pues á ese paso tienes que rapar mucho para que tu descendencia no se muera de hambre.

—No van del todo mal mis negocios: en cinco años que llevo establecido aquí, ha subido mi crédito.

—Lo celebro...

—Pero tú querrás tomar alguna cosa mientras charlamos: ¿vino ó café? Lo dejo á tu elección.

—Prefiero una botella; ya sabes que hemos despachado alguna cuando *estudiábamos*.

—¡Mira que estudiar tú!...

El barbero llamó á Mamerta, su conjunta persona que apareció, llevando de la mano á un chicuelo de tres años, que se engullía á la sazón un pedazo de pan mezclado con ciertas verdosas secreciones de la nariz.

Felipe y ella se saludaron afectuosamente.

Después partió para la taberna próxima, llevando en su mano una botella vacía, que volvió llena del peleón apetecido.

Los dos camaradas brindaron luego, evocando dulces recuerdos de tiempos pasados, que se remontaban á los primeros años de su juventud.

—No creas,—decía Felipe,—que he venido á humo de pajas, y sólo con el deseo de saber de tu salud, por más que tenga una satisfacción al ver que es buena.

—¿Acaso puedo hacerte algún favor?—preguntó el barbero.—Agradezco el que te hayas acordado de mí.

—¡Hombre, favor!... más bien eres tú el que puede recibirle... aunque yo te quedaria obligado.

—¿De qué se trata?

—De un servicio que se relaciona con tu profesión.

—¿Quieres que te extraiga alguna muela?

—¡Libreme Dios de necesitar tal cosa! No sólo no me estorban las que tengo, sino que me son muy útiles.

—Te felicito por ello; no quiero emplear en un amigo como tú mis conocimientos quirúrgicos.

—Vengo en nombre de otra persona.

—Siendo cosa tuya, cuenta conmigo.

—Se trata... de una sangría.

—¡Yo creía que era cosa de más entidad!

—El caso no carece de ella, por más que creas lo contrario.

—No niego que una sangría pueda tener alguna importancia... según la dolencia que la reclame.

—Es que la persona á quien se ha de operar está buena y sana.

—¿Y quiere sangrarse?

—Sí.

—¿Por consejo del médico?

—Por... propia conveniencia.

—¡Hombre!

—Hay casos excepcionales...

—Pero ningún cirujano puede sangrar sin receta facultativa para salvar la responsabilidad que pudiera alcanzarle.

—Si hubiera alguna, ¿crees que vendría á pedirte ese favor?

—¿Pero por qué esa persona no ha recurrido antes al médico?

—¿No te he dicho ya que no le necesita? Además, el médico...

—Vamos, explícate, Felipe;—dijo el barbero, que creía adivinar algo sospechoso en las poco francas reticencias de su amigo.

—No hay explicación que valga: el caso es muy sencillo, ¿quieres sangrar ó no?

—Pues bien, no: cuanto más amigos más claros... y

digo que no, porque el caso que me presentas debe ser comprometido.

—¡Qué niño eres!... por mejor decir, ¡qué poco favor me haces! ¿te se figura que si viera yo en él el menor asomo de responsabilidad, hubiera recurrido á ti, á quien aprecio lo bastante para pensar en comprometerte?

—Tal creo; pero, en fin, ¿por qué no eres franco, y te explicas con claridad?

—¿Y por qué eres tú tan exigente conmigo? ¿No te bastan las seguridades que te doy de que no ha de suceder nada que te moleste?

—¡Válgate Dios por reserva! ¡Parece que nos hemos conocido ayer, y que no tenemos confianza uno en otro!

—Eso puedes decirlo por tí que no quieres obrar sin que yo hable.

—Por tí lo digo, que te niegas á hablar. Si la cosa es secreta, ¿crees que iba á hacerte traición? Vería mi conveniencia, y nada más; acaso después de saberla te diría que no; pero de ningún modo sería indiscreto.

Y que encierra alguna gravedad me lo prueba el haberme dirigido á mí, y no á otro cualquiera de mi profesión.

—¿Y no me lo agradeces?

—Te lo agradecería si no se tratara de una futesa; ya ves, ocho ó diez reales, que es lo más que vale una sangría.

—¡Ocho ó diez reales! Estoy encargado de ofrecerte mil.

—¡Cáspita!—exclamó el barbero.—¡Cincuenta duros!

—Por sacar un poco de sangre.

—¡Quién sabe si cada gota le vale un millón al que está interesado en que salga!

—¡Puede que no te equivoques!—replicó Felipe, sonriéndose con malicia, y prosiguió,—en fin, voy á hablarte con más claridad para que veas que no desconfío de tí. Es una mujer á la que hay que sangrar.

—¿Una mujer que no está enferma?

—¡Justo!

—¡Cosa más rara! ¿Y es joven ó vieja?

—Muy joven.

—Eso cambia de aspecto... pero me choca que por una cosa tan sencilla paguen una cantidad, que pudiéramos llamar exorbitante, y que tú hayas hablado con tal reserva.

—No lo extrañes; te he dicho lo que sabia, porque no he merecido mayor confianza de la persona que me ha dado el encargo. Mi reserva nace de las circunstancias que rodean el hecho, que no me parecen naturales tratándose de una cosa inocente.

—¿Qué circunstancias son esas?

—Necesito saber si aceptas ó no para decírtelas; si no aceptas, ¿qué falta te hace saberlas?

El barbero meditó por espacio de algunos segundos.

Luego preguntó:

—¿Conque mil reales?

—Ni un ochavo menos.

—Pues acepto; ahora, habla.

—La persona que practique esa operación quirúrgica se ha de dejar conducir por mí, en un carruaje, con los ojos vendados...

—¿A dónde?—interrumpió el barbero.

—Pues si te lo dijera, ¿para qué había de vendarte los ojos?

—¡Es verdad! He dicho una tontería.

—Terminado que sea su cometido saldrá del sitio donde se la conduzca, con las mismas precauciones, hasta dejarla cerca de su casa.

En esto, sólo hay misterio, pero no peligro para tí, y responsabilidad menos.

—He dicho que acepto, confiando en la palabra de un amigo.

—Puedes descansar en ella como en la tuya.

—Te advierto que yo exijo de tí la misma discreción que de mí se exige... solamente que de mí se exige á la fuerza.

—Aun estás á tiempo de no aceptar.

—Quiero decir que me ponen en el caso de ser discreto, aunque quisiera no serlo.

—Y de mí, ¿qué temes?

—Nada; pero te suplico que no te acuerdes de mi nombre si alguno te pregunta cómo me llamo.

—Descuida.

—Ahora dime cuándo me necesitas.

—Hoy mismo, á la una de la madrugada.

—Estaré á tu disposición.

—Vendré á buscarte en un carruaje y partiremos.

—¿Muy lejos?

—¡Qué te importa! Una vez dentro del coche, cubriré tus ojos con un pañuelo que á causa de sus dobleces no te permita ver el más débil rayo de luz.

Y te suplico por nuestro antiguo compañerismo y nuestra amistad presente, que no hagas el menor ademán para destaparte, porque entonces se te trataría como un hombre acaudalado á quien yo debiera heredar.

—Siendo así, mi seguridad personal me aconseja convertirme en estatua, hasta que sea necesario que yo entre en el ejercicio de mis funciones.

—Ya sabía yo que nos entenderíamos al fin y al cabo!

—¿Y el dinero?

—Allí mismo se te dará después de terminada la operación; yo te respondo de él.

—Entonces...

—Creo que en nada más tenemos que convenir.

—Esta noche, á la una, me tendrás á tu disposición.

—Espero que no te vuelvas atrás... sería ya muy tarde.

—Ya sabes que aunque tardo mucho en decidirme, me decido de veras.

—Bueno, pues, hasta luego... mis recuerdos á la ma-

tra... ¡cáspita, si cada vez que vengo por tu casa te trajera un negocio por el estilo!...

—Podías venir tres ó cuatro veces cada día.

Los dos amigos se separaron.

El uno retiró el mirlo y la vacía, porque estaba anocheciendo ya.

El otro volvió á subir por la calle de Segovia como había bajado, henchido de satisfacción, y dirigiendo chicleos á las muchachas que se lo merecían.

Tan luego como Felipe abandonó la barbería, asomó la maestra por la puerta que daba á las habitaciones interiores, con su inseparable primogénito.

—Todo lo he oído,—dijo.

—Según tu costumbre,—replicó el barbero.

—¿Piensas acudir á esa cita?

—Ya ves... ¡se trata de cincuenta duros!

—¿Pero te los darán?

—¿Acaso mi amigo Felipe me engañaría?

—¡Quién sabe! Yo creo que ese Felipe es un mal sujeto.

—¡Pero, Mamerta!

—¡Táparte los ojos!

—¿Y qué? Eso se hace en las novelas con médicos y cirujanos.

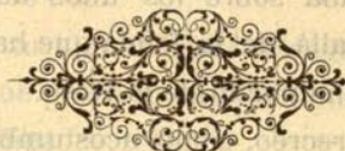
—Cuando se los busca para algún gatuperio.

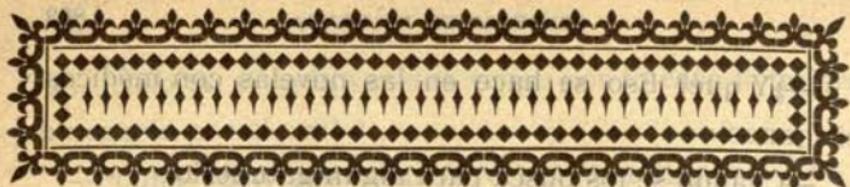
—Creo que hoy no se trata de eso.

—¡Dios quiera que ese tarambana no te meta en algún berengenal! Recuerda que tienes un hijo, y que dentro de un mes tendrás dos.

Y la maestra desapareció de la tienda, dando un portazo á la vidriera.

—¡Todo lo ha oído!—murmuró el barbero, cuando aquella desapareció.—¡Qué mujer!... no me deja medio de hurtarla la mitad de la suma... ¡por qué no habrá nacido sorda!





## CAPITULO LXXVII

### Previsión y ternura paternal

**P**A quinta de las Acacias, propiedad del banquero Pimentel, estaba sobre los altos de la Castellana, mucho más allá de la fonda que había en el pinar, camino de Chamartín de la Rosa.

Era un sitio de recreo, como acostumbraban á tenerle entonces las personas de dinero para pasar los meses de verano, y algunos días de sol de invierno.

Los hoteles de hoy, han quitado la razón de ser, á esas alegres quintas donde las familias y sus amigos pasaban tan buenas temporadas.

Además, hoy se ha desarrollado la manía de los viajes á las provincias del Norte y al extranjero, y todo el que es

alguien en la Corte, y aun una gran parte de los que no son nada, acostumbran á pasar fuera de ella los meses de Julio y Agosto.

Dicha posesión reunia todas las condiciones que constituian entonces el *comfort*; es decir, habia más comodidad que lujo, más cosas necesarias que superfluas.

Era una de las mejores que se conocian en las cercanias de Madrid.

Estaba á cargo de un matrimonio joven; él cuidaba el jardín, y ella la casa.

En la mañana que precedió á la noche del rapto, estuvo Felipe en la quinta, y aunque de parte del marqués su señor, se presentó como si le enviase el banquero, á fin de que estuvieran prevenidos, puesto que aquella noche, despues de las once, iría la señorita, y más tarde su padre.

La orden no tenia nada más de particular, sino el que no fueran juntos los dos.

—¿Debo preparar alguna cosa?—preguntó la mujer.

—Nada más que preparar las habitaciones de la señorita,—contestó Felipe.

—¿Van á estar aquí algunos dias?

—No; probablemente partirán mañana.

—Está bien.

En efecto, aquella noche á las once y media, se detuvo un carruaje delante de la quinta.

El jardinero, que esperaba en la verja, la abrió, mientras su mujer aguardaba en la escalinata del peristilo que se presentase su señorita.

Felipe bajó del pescante, abrió la portezuela, y se descubrió cortes é hipócritamente, mientras bajaba Sofía.

—Los dos hombres de la blusa descendieron también del carruaje, luego que la joven se hubo adelantado por las alamedas del jardín.

—Lo esencial era que no los viese el jardinero, quien hubiera extrañado que su señorita viajase con gente de tan mala catadura.

Felipe les dijo:

—Permaneceréis aquí, á la puerta, hasta que yo regrese, con el fin de impedir que salga la paloma, si quiere tender las alas, lo que no es probable.

—La cortaremos el vuelo.

—Pero sin faltarle al respeto lo más mínimo.

—Descuide; la trataremos como á una reliquia.

—Yo tardaré hora y media, próximamente.

—Tarda lo que quieras; la noche está buena, y el relente no incomoda.

—Pero oye,—repuso el otro,—si hemos terminado ya nuestra comisión, ¿quién nos paga?

—Yo... á la verdad que no me acordaba... ¡tengo tanto que hacer esta noche!

Y sacando de un bolsillo verde algunas monedas de oro, se las entregó, diciendo:

—Tomad; ahí van mil reales; veinticinco duros para cada uno, que es el resto de la cantidad estipulada.

En seguida subió al pescante, y fustigando las mulas, volvió á tomar el camino de la villa.

Sofía hizo el trayecto de su casa á la quinta sin proferir una palabra; pues conoció que aquellos hombres no la darían una contestación satisfactoria, acaso por no tenerla.

Toda resistencia era inútil.

Estaba sujeta á una fatalidad extraña, en la que intervenía, por lo visto, el marqués.

Nunca le creyó capaz de acción tan reprobada.

¡Qué proyectos eran los suyos! ¿A qué conducía aquel rapto?

Y Julio que estaría esperándola en el jardín de su casa!

¡Oh! Si la hubieran conducido por las calles de Madrid, hubiera gritado.

Pero allí, ¿quién podía oirla?

El Prado estaba solitario, lo mismo que la Ronda de Recoletos.

Entonces no existía aun la Fuente Castellana; aquello era un erial, y más que camino para entrar en la capital de España, parecía los alrededores de una aldea de Castilla.

Aquellas tinieblas que todo lo envolvían, la causaban espanto en su angustiosa situación, haciéndola más triste aún.

No dudaba que era víctima del marqués, y le maldecía en su interior, por haber hecho tan infame uso de la confianza que le otorgara el banquero.

Pensaba con espanto y con ira al mismo tiempo, que había abusado de aquel medio para obligar á su padre á cedérsela por esposa, para asegurar el dote.

Entonces era preciso renunciar para siempre á Julio; cuando llevaba en el seno una prenda de su amor, que tenía otro padre sin buscarle.

Ya sabemos que Sofia se equivocaba, pero no más que en los medios elegidos por Román.

El fin era el mismo que ella había sospechado.

Pero de pronto se encontró en la quinta de su padre, que también era su casa.

Román, en medio de su infame acción, era correcto.

Podía haberla conducido á uno de esos lupanares dorados, donde las malas intenciones se disfrazan.

Hasta cierto punto estaba en libertad.

Esto la tranquilizó algún tanto.

Se hallaba en su propia habitación, y la mujer del jardinero, á quien podía considerar como una de sus servidoras, acudía para ponerse á su disposición.

—Ana,—la dijo,—¿tenías conocimiento de mi llegada esta noche?

—Sí, señora; esta mañana me lo advirtió de parte del señor, un joven que parecía criado de la casa.

—¿De parte de su padre! ¿Cómo no se lo había comunicado con antelación?

—¿Tenía necesidad el banquero para trasladarla á la quinta, de que la arrebatasen de su casa dos hombres desconocidos, en medio de un baile?

—¿No era bastante su voluntad para esto?

—Además, ¿qué objeto podía haberse propuesto que le aconsejase tales medios?

La joven conoció que los servidores de su quinta habían sido sorprendidos, y que alguien había tomado el nombre de su padre para un objeto que pronto debía conocer.

—¿Pero sorprendido por quién?

—Por Román, indudablemente.

Hechas estas reflexiones, volvió á interrogar:

—¿Y qué más dijo ese joven?

—Que esta misma noche, algo más tarde que usted, vendría el amo.

—¿Mi padre?

—Sí, señora; que tuviera corrientes las habitaciones, aunque regresarian ustedes mañana á Madrid.

—¿Nada más?

—Ni una palabra.

Sofía respiró, por más que le pareciese extraño é incomprendible todo aquello.

Pero al fin, su padre iba á ir, y á su lado no tendria nada que temer.

Cada vez era mayor su confusión, porque no se daba cuenta de la conducta del marqués, ni de lo que podría pasarle.

Por de pronto, su padre estaba enterado de todo, puesto que se le esperaba.

Entonces, ¿á qué consintió que se apelase á un medio tan violento como un rapto?

La impaciencia la devoraba.

Miraba la esfera de un reloj que sostenía la repisa de mármol de una chimenea, creyendo que habían transcurrido muchas horas desde su llegada á la quinta.

Pero las agujas marcaban la media noche.

Sólo llevaba allí media hora.

¿Cuándo iría su padre? ¿Tardaría mucho?

¡Oh! ¡qué situación tan angustiosa origina una larga espera!

La de la joven, además de angustiosa, era originalísima.

Paseando por aquel gabinete solitario, mal iluminado por una lámpara, en una quinta situada fuera de Madrid, en medio del campo, en medio del silencio de la callada noche...

Todo esto contrastaba de una manera singular, que podía tener tanto de lúgubre como de grotesca, con su vestido de baile, adornado con ricos encajes y oloroso azahar, con su tocado sencillo y elegante.

La última vuelta de un vals la había conducido al reino de los enigmas; ella misma era un logogrifo, cuya solución llegaba acaso á aquella hora por el camino de Madrid.

La impaciencia de la joven tocaba ya en desesperación.

Se cansaba de pasear y de estar sentada.

Y como su situación era anómala, no podía hacer ningún comentario.

El optimismo se destruía por el pesimismo, y viceversa.

---

La una y algunos minutos más marcaba el reloj, cuando en la puerta del gabinete, previo un golpe dado por discreción, aparecieron Pimentel y el marqués.

Esto hizo subir de punto la estupefacción de la joven.

¡Su padre, en compañía del hombre que la tratara tan inicuaamente aquella noche!

Y no había entre ellos ninguna señal de rencor, nada que indicase que se habían roto sus cordiales relaciones.

Al contrario.

Pero lo que más llamó su atención, fué lo siguiente.

Román afectaba el aire de dueño de la casa, y el verdadero dueño parecía un amigo presentado por aquél.

El banquero procedía con cierta timidez, con verdadero encogimiento, mientras que al marqués le sucedía todo lo contrario.

Este la saludó cortesmente, como si no fuera él el autor de todo aquello, y lo ignorase.

No había ni en sus palabras ni en su ademán la menor excusa, ni el banquero manifestaba estar enojado con él.

La joven se fijó en un detalle, que aumentó su extrañeza.

Pimentel llevaba en la mano un velo negro.

¿Con qué objeto?

Aquella prenda tan sencilla y de un uso tan común, la hizo estremecer.

Se la figuraba que en aquella ocasión era un objeto lúgubre.

Luego, el color.

Un velo blanco, no la hubiera inquietado de aquel modo.

Pimentel se adelantó para decirla:

—Comprendo, hija mía, que todo lo que ha sucedido esta noche, llame extraordinariamente tu atención, y hasta que excite tu enojo; pronto te lo explicaré, y verás que no hay motivo más que para que agradezcas mi conducta y la de nuestro amigo el marqués.

El tono que empleó para pronunciar estas palabras, era natural, dulce y cariñoso.

Lo que más le sorprendió fué que su padre llamase *amigo* á Román, después de lo pasado.

Esto quería decir que lo aprobaba, puesto que no tardaría en disculparlo.

La joven, contestó:

—No sé qué razones podrá usted darme que justifiquen la conducta de este caballero.

Y señaló al marqués.

—Las más claras.

—Sofía,—interrumpió aquél,—una locución vulgar nos aconseja que no apoyemos nuestro juicio en engañosas apariencias.

La joven, sobre no contestarle, no le juzgó digno del honor de una mirada.

El banquero, prosiguió:

—En fin, no se trata de eso ahora; más tarde cuando hayas recobrado del todo la tranquilidad, nos explicaremos.

—Es inútil, padre mío,—contestó.—Cuando usted parece satisfecho, yo debo estarlo también... por más que me parece muy extraño é incomprensible su satisfacción.

Pimentel no hizo caso, tal vez por no comprenderlo, del dardo que lanzaban aquellas palabras, dardo agudísimo, que tenía bien merecido.

—Lo que ahora importa,—dijo,—es que atendamos á tu salud.

—¡Mi salud! No puede ser mejor.

—Sin embargo, por más que lo niegues, no habrá dejado de producir en tu ánimo el natural sobresalto la manera de ser aquí conducida.

—He tenido tiempo de serenarme, padre mio;— contestó la joven con cierto sarcasmo.—Y ahora, el tener á usted á mi lado, me tranquiliza por completo.

—Pues yo no lo estoy al verte... y creo que sucederá lo mismo al señor marqués.

—En efecto, Sofía; yo estoy intranquilo por la salud de usted, y apenado por mí mismo. Circunstancias que no tardará su señor padre en explicarla, me han impelido á obrar esta noche de un modo que tendrá usted por incorrecto.

Confío en que al apreciar mi conducta, se apresurará á disculparla.

Tampoco esta vez le juzgó la joven digno de contestación.

Tanto desdén, que rayaba con el desprecio, era ya insultante.

Román se mordió los labios no pudiendo ocultar su despecho.

—En fin,—prosiguió el banquero,—creo que sería muy conveniente aplicarte una sangría...

—Repito que la ocurrencia de hoy no me ha afectado hasta tal extremo, y que juzgo innecesaria la precaución; alguno tal vez la necesitaría más que yo.

—No me convences, Sofía.

—Pero si estuviera en ese caso, ¿no suplicaría yo misma antes que rechazarla?

—No importa...

—¡Singular empeño es el de usted!

—No tiene nada de singular; al contrario, es hijo del amor que te profeso. ¿Qué trabajo te cuesta prestarte á ello, cuando me tranquilizas así?

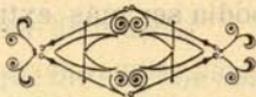
La joven miró á su padre.

No podía suponer que obrase con segunda intención, sino verdaderamente por el temor de que aquel rapto produjese consecuencias funestas en su salud.

Y tomando sus palabras como dictadas por una exagerada ternura, la dijo:

—Bien; pero aun cuando yo me preste á eso, ¿á quién va usted á avisar ahora?

—He traído conmigo desde Madrid, á un sangrador.





## CAPITULO LXXVIII

### Un padre confiado y un cirujano escrupuloso

OFÍA quedó verdaderamente admirada de tan singular previsión.

¿A qué?

Todo se hubiera evitado suprimiendo el rapto; su padre al contrario, le autorizaba.

Su conducta no podía ser más extraña á los ojos de su hija.

Causaba la herida, y al mismo tiempo buscaba un cirujano para que la curase.

¿Había más que no hacerla?

¡Proverse de un sangrador á la una y treinta de la mañana!

La ternura del banquero era muy sospechosa.

A lo menos la joven lo entendía así.

En vez de explicar satisfactoriamente los móviles en que pudiese basar tan extraña conducta, ¿sólo pensaba en sangrarla.

Sofía frunció el entrecejo y formuló la pregunta siguiente, con más extrañeza que dulzura:

—Señor, ¿qué significa esto?

El banquero le había puesto en el caso de que ya no le llamase padre.

—¿Cuántas veces lo he de repetir? Significa ni más ni menos el cuidado que nos inspira tu salud; no la aprecias lo bastante por más que le agradezcas como creo; pero tu resistencia me choca.

—¿Le choca á usted? Sin embargo, sería muy natural, en el caso de que yo me resistiera.

Piénselo bien, y lo comprenderá así.

Se obra conmigo del mismo modo que se obraría con aquel á quien le doliesen las muelas, y con la receta se acompañase la extremaunción por temor de que la fluxión pudiera ponerle en caso de muerte.

¿No quiere usted que me extrañe todo esto?

—Basta, hija mía; dame ese gusto y no hablemos más, es ya muy tarde y después de tantas emociones, necesitas tomar algún descanso.

—Está bien; no cuestionemos por tan poco; haga usted lo que quiera.

Entonces Pimentel extendiendo el velo que llevaba en la mano, se aproximó á su hija.

—¿Qué va usted á hacer?—preguntó ésta.

—A cubrirte el rostro.

—¡Padre!

—No es conveniente que el operador te vea.

—¿Por qué? ¿Acaso ese hombre sangra siempre con las mismas precauciones, y esto puede contribuir al buen éxito de la sangría?

—Has dicho antes que no debemos cuestionar por tan poco.

—Sin embargo...

—Marqués, ayúdeme usted á convencerla.

Este permanecía en silencio, como ajeno á tan singular escena; comprendía que sus razonamientos no habían de lograr nada en el ánimo de Sofia, tan prevenida contra él.

La joven, sin hacer caso de los deseos de su padre, decía:

—¿Hay algún caso en que la sangría pueda ser deshonorosa para una mujer? Yo no conozco ninguno, pero de fijo le hay, y yo estoy en ese caso, cuando se pretende ocultar mi rostro á las miradas del sangrador.

—¡Es posible que imagines tal quimera!

—Entonces, ¿por qué se me sujeta á tan extraño procedimiento?

—¡Sofia!...

La infeliz rompió á llorar con amargura.

— Yo no comprendo nada de lo que se intenta conmigo; — exclamó; — pero se me figura que esto es inicuo y altamente deshonroso para mi.

Creo que un padre no debía obrar de tal modo con su hija... en nombre del cariño paternal... ¡ah! ese cariño está ultrajado en este momento... es un pretexto para excusar no sé qué... una pantalla tras de la cual se oculta un propósito que no puede caber en el corazón de un padre.

Un padre no vela nunca á las miradas ajenas el rostro de su hija, donde ha impreso tantos besos, donde ha derramado tantas lágrimas de alegría.

Cuando el caso lo hace necesario, la rechaza de su lado... la maldice... pero no se presta á hacer con ella far-  
sas, que pueden resultar infames.

Esta frases, lloradas más bien que dichas, enternecieron al banquero, haciéndole vacilar.

La razón irradia una luz vivísima, que no puede ocultarse, aunque lo pretenda la conveniencia, y Sofia apoyaba sus palabras en la razón.

En aquel caso, aun cuando ella era culpable, habiendo dejado atropellar su honra por un amante, aparecía mucho menos que su padre; por lo menos podía obrar, y

obraría con más franqueza, llegado que fuera el instante supremo.

El banquero tenía de que avergonzarse delante de su hija.

Esta razonaba con fundamento.

Valía más que la rechazase de su lado, y aun que la maldijese.

Pero las vacilaciones naturales de aquél, cedieron ante esta palabra que pronunció Román en tono seco, y aun imperativo.

—¡Vamos!

Pimentel rodeó á la cabeza de su hija el negro velo, procurando que sus pliegues fuesen más espesos hacia el rostro.

Era imposible que la mirada más escrutadora pudiese adivinar sus adorables facciones de criolla.

La pobre joven no opuso la más leve resistencia, sin duda por considerarla inútil.

Comprendió que su padre obraba con segunda intención, en la cual no tenía nada que ver su salud, y que en este concepto, insistiría, cediendo á la presión de Román.

Cual fuera aquella intención lo ignoraba, pero era cierto que existía, en cuyo caso la resistencia sólo iba á servir para poner en evidencia.

Lo único que hizo fué formular esta pobre protesta:

—Cedo á fuerza mayor; que no otra cosa representa para mí la voluntad de un padre.

Cuando su rostro quedó completamente velado á curiosas miradas, el banquero la descalzó del pié derecho.

Nueva sorpresa para la joven.

La sangría del pié sólo se usa para casos muy raros; creyó que se valdrían del brazo ó de la mano.

Esto la confirmó en su anterior idea; allí lo que menos se procuraba era su salud.

Ya estaba en el caso de dejar hacer.

Y tanta era su desesperación al ver que se operaba con ella como sobre *ánima vile*, que en aquel instante, considerándose abandonada por su padre, aun cuando estaba presente, hubiera querido morir.

Román se asomó á una de las puertas del gabinete, que comunicaba con una habitación de paso, y dijo:

—¡Adelante! puede usted entrar.

Estas palabras se dirigían al barbero, con quien Felipe estuvo hablando aquella tarde, que hacía ya rato que esperaba, un tanto inquieto por las precauciones que se habían adoptado con él por más que ya las conocía.

Pasó al gabinete, un tanto cohibido.

Le seguía el ayuda de cámara, llevando una jofaina en la mano, y en el brazo una tohalla.

El barbero saludó con un movimiento de cabeza al banquero y al marqués; prescindía por completo de Sofia, que representaba para él el papel de una estatua.

Sin embargo, se fijó en ella.

Al verla cubierta y con el pié desnudo, comprendió que era la persona sobre quien debía operar.

En medio del mayor silencio, silencio lúgubre, interrumpido solamente por los entrecortados sollozos de la joven, única protesta que admitía aquel acto, sacó un estuche, del que extrajo una finísima y reluciente lanceta, que sujetaban por uno de sus extremos, dos hojas de concha.

En seguida avanzó, colocando la jofaina debajo de aquel pié breve y bien modelado, en cuya blanca epidermis, se recostaban venas y arterias de un azul claro.

Antes de hincar la lanceta se le ocurrió pulsarla.

Sin duda el sitio de la sangría le hizo concebir alguna sospecha.

El barbero palideció ligeramente.

Dejó suavemente la mano de la joven sobre una de sus rodillas, y encarándose con los dos personajes que contemplaban la operación, dijo resueltamente:

—Yo no puedo hacer esto; estoy aquí de más.

—Ambos manifestaron extrañeza.

—¿Por qué?—le preguntó el marqués.

—Porque no quiero cargar mi conciencia con un crimen.

—¡Un crimen!—exclamaron los dos al mismo tiempo.

El barbero los llevó aparte, para no avergonzar á Sofia.

—Esta señorita,—dijo,—está en estado interesante.

—¿Y qué?—preguntó Román.

—Se trata de un aborto...

—¡Yo creí que usted lo sabía!

—Felipe no me ha dicho nada.

—Pues bien; ya sabe usted de lo que se trata.

—Por eso cedo mi sitio á otro colega menos escrupuloso; me hallo dispuesto á devolver el dinero que acabo de recibir.

—¿Pero no considera usted que el tiempo apura, y que ya es tarde para retroceder?

—Si Felipe hubiera sido más explícito conmigo, yo no estaría aquí.

—Vamos, caballero, no sea usted tan timorato, y entienda bien que un aborto no es un infanticidio; Felipe debe haberle dicho que aquí no había ninguna responsabilidad para usted.

—No importa; la responsabilidad siempre existe para un hombre que tiene conciencia.

Pimentel intervino, diciendo:

—¿Pero es qué quiere usted más dinero? Hable con claridad, su boca será medida.

—Todo el oro que hay en el mundo no podría acallar mis escrúpulos.

—Es usted más susceptible de lo que conviene á un cirujano.

—Y no me pesa.

—Basta,—dijo el marqués.—Ya comprenderá usted que se trata de una cosa muy delicada para que le dejemos partir sin contentar nuestros deseos.

La hora es avanzáda y el sitio solitario para buscar de repente otro que le sustituya; además, aunque existiera, no echaríamos mano de él.

Usted ha debido sospechar algo, al ver que se adoptaban precauciones nada comunes en tales casos, y sin embargo, ha venido; esto es señal de que estaba dispuesto á todo.

Y sacando un revólver, apuntó con él al sangrador, agregando:

—Así pues, no se hable más; abra usted una vena de ese pié, ó cuéntese usted muerto.

El barbero bajó la cabeza, conociendo que las circunstancias se imponían á todos los escrúpulos de su conciencia.

Estaba lejos de Madrid, en despoblado y en poder de aquellos hombres.

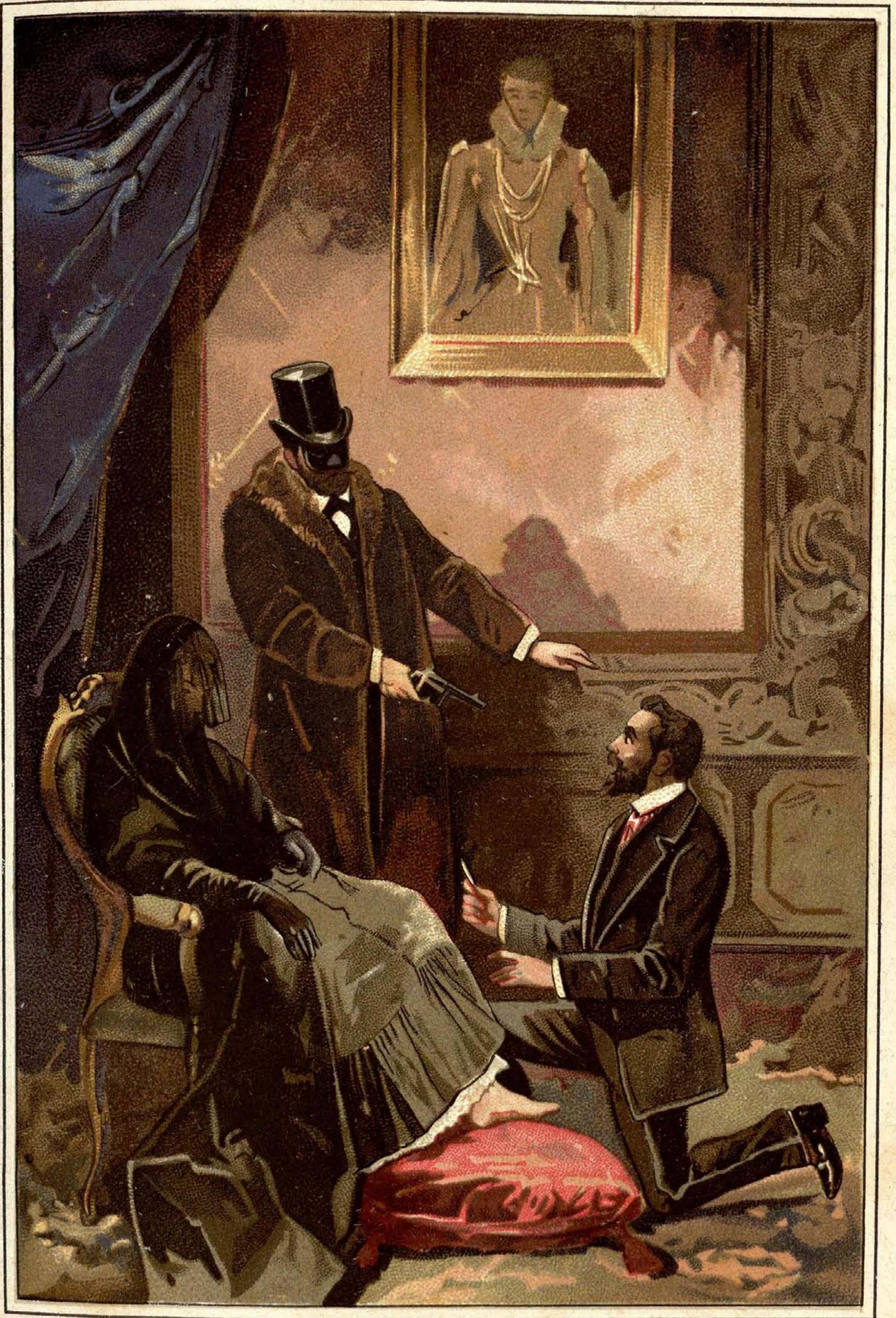
Era de noche, y la sombra se presta á encubrir cualquiera mala acción.

Esta era la parte negra del asunto.

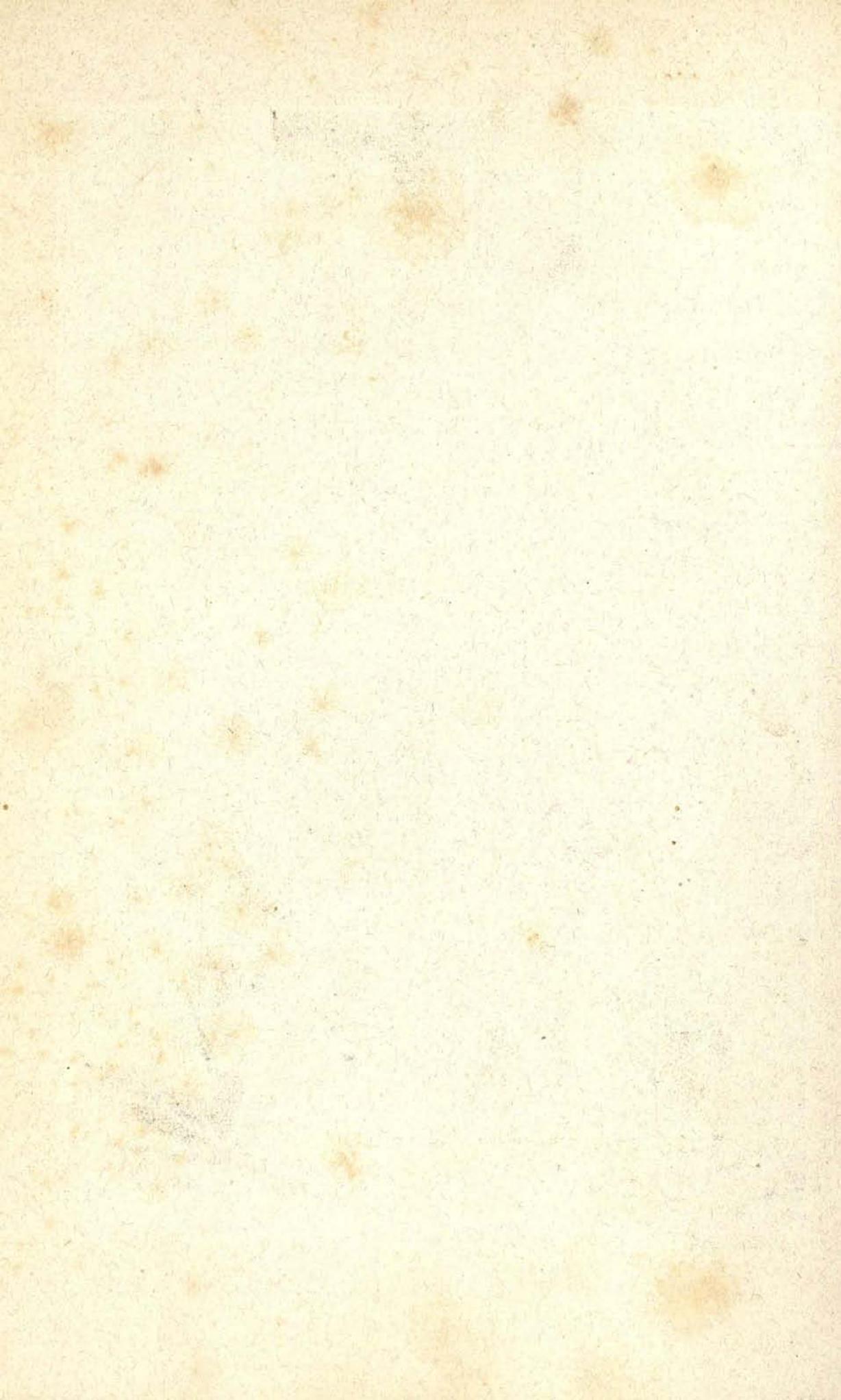
La de color de rosa consistía en varias monedas de oro que el banquero ponía al alcance de su mano, poniendo precio á la sangre de su hija.

Con esto lograba sus anteriores propósitos de sisar á su mujer, sólo que en vez de veinticinco duros, se guardaba bonitamente cincuenta.

Echó mano al dinero, y haciéndole desaparecer en el bolsillo de su chaleco, pensó:



Abra V una vena de ese pié ó cuéntese con los muertos



—Dice bien ese caballero; un aborto no es un infanticidio.

Con lo cual, si no apagaba las voces de su conciencia, ensordecía adrede para no oirla.

Hecha la anterior reflexión, se acercó á la joven, cuyo pié colocó sobre una banqueta de terciopelo bordado; se hincó de rodillas, y frotando una de sus venas, la rasgó con mano hábil y ligera.

La sangre brotó impetuosa, saltando á gran distancia, sin que la joven experimentase el más ligero desvanecimiento.

En cambio el banquero tuvo que apoyarse en un mueble para no caer.

Acababa de matar al hijo de su hija.

Un falso orgullo le obligaba á ser más feroz que Cain.

El marqués respiró con fuerza, como el autor dramático que hace tragar al público el primer acto de su obra.

Empezaba su triunfo, del resto no podía desconfiar.

Desde aquel momento, el banquero era para él, más que padre político.

Era un cómplice, el mismo crimen los ligaba.

---

Luego que hubo salido la sangre en cantidad suficiente para el objeto, el cirujano lavó la imperceptible cisura, y colocó el apósito.

—¿Se quiere algo más de mí?—preguntó con el deseo de salir de allí cuanto antes.

—¿Puede haber algún peligro para esta joven, á consecuencia de lo que hemos hecho?—preguntó Pimentel.

El miserable debía haber antepuesto la pregunta á la operación.

¿Qué adelantaba ya con que el peligro existiese?

—Ninguno,—contestó el cirujano.

Román, dirigiéndose á su ayuda de cámara, que habia estado presente por si acaso se necesitaba sus servicios, le dijo:

—Felipe, acompañarás á este caballero hasta su casa, con las mismas precauciones que se adoptaron al venir.

Algunos minutos después, los dos condiscípulos partian en la berlina del banquero hacia Madrid.

—¡Vamos, que no te ha ido mal!—dijo Felipe al cirujano.—¡Cien duros por una sangría!

Este, que salía muy preocupado, replicó:

—Si me hubieras dicho con franqueza de lo que se trataba, yo, mejor que esa pobre joven, me hubiera valido de un antifaz para cubrirme.

—¿Por qué?

—Mañana puede verme en la calle, sin que yo la conozca, hasta que se acerque á mí para avergonzarme.

—No te apure eso, que no lo hará.

—¡Felipe!... ¡ay, Felipe!... ¡estoy lo mismo que si acabase de cometer un asesinato!... oye: si ves algún dia á mi

mujer, no le digas que este negocio me ha valido cincuenta duros más.

Entretanto, Pimentel dispuso que el marqués se retirase á descansar, pues en la quinta siempre había habitaciones dispuestas para un caso fortuito.

Cuando se vió solo con su hija, la dijo:

—Tú también puedes retirarte; la noche ha sido fecunda en emociones, y necesitas reposo.

Sofía, que ya no lloraba, le contestó:

—No se ocupe usted de mí; yo estoy bien, gracias á Dios .. pasaré aquí la noche.

—¿Qué dices, hija mía? Vamos, no hagas disparates... retírate, y mañana hablaremos de todo.

—Repito que estoy bien; ¡acostarme!... ¿para qué?... ¡no había de dormir!... pronto amanecerá el día... ¡bendita sea su luz, que no autoriza las enormidades, los crímenes que apadrina la sombra!

El banquero no replicó.

Las palabras de su hija eran otros tantos golpes de maza que le aplastaban la cabeza.

Volvió la espalda.

Acaso estaba avergonzado delante de ella.

Y con paso vacilante, llegó á la puerta.

Antes de cruzar el dintel, exclamó dirigiéndola una mirada de indefinible expresión:

—¡Pobrecilla!



## CAPITULO LXXIX

### La terrible verdad del hecho

**G**RAN las diez de la mañana del día siguiente á aquella noche de azares, cuando el banquero, que había madrugado mucho, después de una conferencia algo larga con su futuro yerno, se dirigió hacia la alcoba de su hija, con la idea de que dormiría aún, á pesar de sus propósitos de no hacerlo.

El lecho estaba intacto, sin señales de que alguno le hubiese usado, después de la última estancia de Sofía en la quinta.

—Se habrá dormido en la butaca,—dijo pasando á su gabinete.

En efecto, allí estaba la joven, en la misma postura en

que la dejó la noche anterior, con los hermosos ojos tristemente abiertos, retratándose en su rostro las huellas de una penosa vigilia.

No debía haber dormido en aquellas siete ú ocho mortales horas.

El banquero se estremeció pensando en la terrible veldada de la joven.

Aun permanecía con el pié desnudo y apoyado en la banqueta, como si no hubiese hecho el menor movimiento, copiando la inmovilidad de una estatua de piedra.

Sobre el cútis fino y suave, se destacaba la venda negra que sostenía el apósito, como si fuera una veta de ébano en una pierna de mármol blanco.

El leve rumor que hizo su padre al entrar, no llamó su atención; ni aun siquiera volvió la cabeza.

Lo cual podía ser también indiferencia.

Pensaba en lo que habia ocurrido en el breve espacio de doce horas, y como no lo comprendía ni poco ni mucho, estaba para volverse loca.

Sobre todo lo de la sangría.

Y lo juzgaba una cosa muy importante y arriesgada al mismo tiempo.

El cirujano rehusó hacerla, sin que pudiesen llegar hasta ella las razones que alegaba á su padre y al marqués.

Este era su riesgo.

En cuanto á la importancia la tenia, y no poca en el

hecho de que su padre entregó al operador algunas monedas de oro, después de confesar éste que estaba pagado.

La inocente joven estaba muy lejos de sospechar que aquella sangría fué, autorizada por su padre, una infamia, y además ese crimen que castiga el Código de todos los pueblos, llamado infanticidio.

El banquero se acercó con cierta timidez, incomprendible en un caso en que debía ser él el acusador.

—Pero, hija mía,—la dijo,—¿no te has acostado?

—Ya se lo dije anoche, no tenía sueño; estando en la situación en que me encuentro ¿quién hubiera podido dormir?

Esto evidentemente era una queja, por más que la joven no tuviese intención de proferirla.

Pero su corazón la lanzaba con la espontaneidad de una persona ofendida que no quiere herir al que le ofende.

—¡Es verdad!—repuso su padre.—Sin embargo, yo no quise hablar anoche por temor de molestarte.

—¿Más de lo que estaba ya?

—No era la ocasión oportuna.

—Y hoy ¿lo es?

—Sí.

—Pues hable usted, padre, hable usted, y explíqueme su conducta, si es que cree que debe hacerlo; no sé qué argumentos empleará para convencerme de que debió ser lo que fué.

Pimentel adoptó una actitud severa, revistiendo su rostro de cierta seriedad.

—En primer lugar, hija mía,—la dijo,—tengo que contestar con un grave cargo á los que tú me haces con sobrada injusticia.

—¿Un cargo?

—Sí; ¿te parece cosa leve el haberme engañado... el haberte burlado de mi cariño y de mi solicitud hasta el extremo de poner tu honra, que es también la mía, á los piés de los caballos, como se dice vulgarmente?

Sofía palideció más de lo que estaba.

Era indudable que se iba á tratar de sus amores con Julio.

Pero su padre, ¿hablaba metafóricamente ó estaba bien enterado de las consecuencias de aquellas relaciones?

¿Qué tenía que ver aquello con el rapto de la noche anterior?

Así es que no supo qué contestar.

Su padre prosiguió:

—Amar á un hombre sin permiso mío, constituía ya una falta grave.

—Padre, no tanto, puesto que se trataba de un hombre digno,—contestó la joven bajando la cabeza.

—Y si lo es, ¿por qué no se dirigió á mí desde luego?

—Su pobreza era un obstáculo poderoso; usted le hubiera rechazado.

—O no, si yo veía en él verdadero amor, y dotes que pudieran convenirte y convenirme.

—¡Oh!... las tiene...

—Pues mucho las guarda... por lo menos las oculta detrás de una conducta rastrera.

—Padre mío, está usted ofendiendo á quien no lo merece.

—No hay ofensa por mi parte y te lo probaré; has dicho antes que era digno; pruébame que hay dignidad en arrebatar el honor á una joven inexperta, hasta el punto que lo ha hecho ese miserable.

Sofía se cubrió el rostro con las manos, para que su padre no le viera enrojecido con el carmín de la vergüenza.

Ya era inútil el disimulo.

Su lenguaje hacia adivinar que lo sabía todo.

La infeliz no tuvo alientos más que para murmurar esta frase:

—¡Padre mío, perdón!

—¿Llamas ser digno á eso? ¿Crees que habrá quien disculpe esa conducta, fuera de los perdidos como él?

—Señor, él está dispuesto á realzar lo que ha rebajado, á sanar lo que ha herido, á humillarse ante quien ha faltado.

—Creo que hará todo eso, y mucho más si se exige de él, con tal de que su plan tenga éxito, de que su ambiciosa cábala se logre; bien puede uno rebajarse ante el padre de una mujer que lleva algunos millones de dote...

—¿Qué dice usted? Jamás he pensado en eso... antes al

contrario, más de una vez le he oído lamentarse de que yo fuera hija de un hombre tan acaudalado.

—¡Qué ilusa eres! Eso te salva de mi justo furor.

—¿No has comprendido que ese hombre sólo ha pensado en su ambición al galantearte? ¿No has echado de ver que el amor que te ofrecía era hijo del cálculo?

La misma falta que ha cometido contigo, le acrimina.

«Deshonremos á la hija,—debió decirse.—El padre no tendrá más remedio que dármela para que la rehabilite, y con ella sus millones...»

—¡Oh! ¡No lo crea usted!—exclamó Sofía casi indignada.—Julio no ha pensado así nunca, ni es su mente albergue de ideas tan ruines. Esas cábalas, esos cálculos se quedan para otros miserables.

El banquero pasó por alto la alusión: acaso no la comprendió.

—Yo tengo más experiencia que tú,—dijo,—y mejor que tú conozco á los hombres, y sé de lo que son capaces.

Afortunadamente lo he sabido á tiempo por un hombre que tiene la debilidad de amarte, que considera mi honor con el suyo...

—¿Ese hombre es el marqués?

—Sí.

—¡Lo había adivinado!

—Gracias á su concurso podemos evitar, hemos evitado las consecuencias vergonzosas de tu falta, echando á pique los proyectos de ambición de un miserable.

Ya no te arrodillarás delante de un sacerdote para dar tu mano á un hombre, llevando en tu seno el fruto de un culpable amor.

Ya no te señalarán con el dedo donde quiera que te presentes, ni me recibirán mis amigos y las gentes extrañas con sonrisas equívocas que casi nunca son compasivas, y sí la mayor parte burlonas.

Todo esto se lo debemos al marqués, á quien tú has desdeñado.

—Pero ¿qué quiere usted decir?—exclamó Sofía para quien todo aquello no pasaba de ser una batahola.

Su padre, sin contestarla directamente, prosiguió:

—Mientras anoche bailabas como una loca en el jardín de nuestra casa, Román comprendía que toda aquella sociedad que te festejaba sería la primera en escarnecerte, luego que tu estado fuese público.

Para estorbarlo, para evitar el escándalo que indudablemente hubiera sobrevenido andando el tiempo, ideó lo del rapto y lo puso en práctica.

La joven, que odiaba todo lo que procedía del marqués desde que había adivinado sus ambiciosas miras, se apresuró á replicar:

—Pero me parece que todo eso correspondía á mi padre más bien que á una persona extraña; usted se ha dejado usurpar atribuciones que á usted sólo corresponden y pues que tenía conocimiento de mi falta, á ninguno debió usted dar el encargo de castigarme ó de absolverme.

Yo de usted lo admito porque estoy obligada á ello; pero de nadie más, y el marqués haciendo lo que ha hecho, me parece aun más miserable de lo que me parecía antes... y siento que no esté aquí para que pudiera hacerse cargo de mis palabras.

—¿Y si yo le autoricé?

—Hizo usted mal... y esa autorización prueba que usted no tuvo inconveniente en ofenderme encomendándole la reparación de una falta que no le interesaba lo más mínimo, aun mirándolo bajo el prisma de la amistad.

En ese caso usted ha sido el primero en publicar la deshonra de su desdichada hija, puesto que no está en su mano tapar la boca del marqués cuando sus labios quieren abrirse.

—El tiene más interés que nosotros en que no se abran respecto de este asunto.

—¿Es acaso de la familia? Y aun siendo así, aun dudaría de su discreción.

—No lo es todavía...

—¿*Todavía?*—interrumpió la joven acentuando la palabra.

—¿Qué dice usted, padre?

—Que lo será muy en breve.

—¡No comprendo de qué modo!

—Otorgándole tu mano.

Sofía se pasó ambas manos por la frente retirándose hacia las sienes el cabello, como si la estorbara para comprender.

- ¿He oído mal?—se preguntó en alta voz.
- No; he dicho que será tu esposo.
- Pero, padre... vamos, esto es absurdo.
- ¿Por qué?
- Si es cierto que ese hombre está enterado de todo...
- Lo está.
- ¡Y sin embargo de eso, le ha pedido á usted mi mano!
- Sí.
- Entonces me ratifico en lo dicho: es un miserable.
- ¡Sofía!
- ¡Ese es el verdadero ambicioso!... ¡el que va tras de los millones que el padre entregará á la hija!
- ¡Te engañas, desventurada! El marqués restaurará con su honor el brillo que ha perdido el tuyo.
- No extrañará usted que me niegue más que nunca á esa unión que, si me disgustaba ayer, hoy la tengo por imposible... y con ello doy una prueba de que aun le profeso más estima que usted.
- ¿Qué te negarás?
- ¡Me admira que usted haya creído lo contrario!
- Explicate, Sofía... explicate.
- La cosa es bien clara, y casi no merece explicarse.
- Y bajando la cabeza, añadió:
- Yo iría al altar llevando en mi seno á una criatura, de quien él no es padre.
- El banquero se encogió de hombros como quien tiene una duda resuelta, y se lo niegan los demás.

—Ese caso está salvado,—dijo.

—¿Salvado?

—Sí; la criatura no existe...

—¿Qué no existe?

—Gracias á la sangría que practicó anoche el cirujano en uno de tus piés.

Sofía se irguió de repente como si en el que tenía desnudo, hubiera sentido la mordedura de una víbora.

Las palabras de su padre eran una revelación terrible.

Todo estaba descubierto.

Y aquello le hizo un efecto más deplorable, por lo mismo que no hubiera creído que la operación tuviera nada que ver con su estado.

¿Se habrían valido de ella para cometer un crimen?

¿Y quiénes?

Su padre, y el hombre que intentaba ser su verdugo.

En éste lo comprendía todo; era un medio como otro cualquiera, de asegurar la posesión de su mano.

¡Pero en el primero!

En aquel momento le inspiraba odio.

No veía en él al hombre á quien debía el sér, sagrado siempre para todo buen hijo; por el papel augusto que representa en el mundo.

Había descendido de su divino pedestal donde casi casi

se igualaba á Dios, para convertirse en un miserable asesino, digno de la infamante argolla, y del desprecio de todas las criaturas honradas.

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!—exclamó devorándole con ojos de pantera, á quien roban sus cachorros.—¡Ha matado usted á mi hijo!... ¡al sér inocente que palpitaba en mis entrañas!... ¡cuyo único pecado al venir á este mundo era el tener á usted por abuelo!...

—¡Sofía! ¡Sofía!... ¡silencio!—dijo el banquero bajando la voz y estremeciéndose á su pesar.

—¡Silencio!... no,—replicó ella.—He de gritar para que sepan todos, como un hombre honrado se convierte en asesino... peor aún... ¡en infanticida!

—¡Qué es lo que dice!

Aquel hombre en medio de todo, comprendió que su hija podía tener razón hasta cierto punto.

Ella estaba como atacada de esa locura sombría que suele asaltar á veces á los criminales, cuando hacen estremecer el cadalso bajo sus piés, y temblar al verdugo.

Su mirada profunda, huraña y hosca, estaba tenazmente fija en el rostro del banquero, que debió sentir en él alguna cosa parecida á una garra que se le arañase.

Tenía la boca dilatada por una extraña sonrisa de odio, y la respiración al salir por entre sus dientes, silbaba como el hálito feroz de las serpientes.

En aquella actitud nada extraña por lo tirante de su situación, tuvo una pausa de algunos segundos, como si

buscase palabras para expresar las ideas que rodaban en desorden por su cerebro.

Acaso las que encontraba no la parecían demasiado enérgicas, ni se ajustaban á sus propósitos.

El banquero no se atrevía á provocarla ni con la más ligera observación.

Acaso en aquel momento se le representaba toda la enormidad de su conducta.

Por grande que fuera el extravío de su hija, no debía haber tomado parte en la cábala del marqués.

Un padre, autorizando, disponiendo el aborto de su hija, dejaba de ser padre para convertirse en un asesino vulgar.

Su papel no era éste.

Hubiera habido más dignidad en aceptar la deshonra en el caso de que Julio se negara á dar satisfacción, ó de que la diera, habiendo obrado más por ambición que por cariño, que en consentir lo que él había consentido.

Examinando el hecho bajo este prisma, hallaba natural y lógico el que su hija le hubiese llenado de improperios, siendo él el primero que había roto los lazos de la sangre con su conducta.

Aquello no podía durar mucho.

Sucedía lo que debía suceder.

Sofía tuvo un momento de buen sentido.

El último rayo de luz de su inteligencia, próxima á caer en las tenebrosas sombras de la locura, la hizo ver

que el autor de su desgracia no era un hombre, sino un padre, y que éste había cedido á las malas sugerencias de un amigo falso.

Buscaba un enemigo en quien descargar su justa ira, y no le encontraba.

Entonces lanzó un grito, se llevó ambas manos al pecho, desgarrando furiosa su vestido de baile, cuyos encajes se desprendieron hechos jirones, y perdiendo el equilibrio á causa de un repentino desmayo, cayó sin sentido sobre el pavimento.





## CAPITULO LXXX

### Encuentro y despedida

**D**EJAMOS á Julio en el jardín de la casa del banquero, la noche del baile, esperando á su amada á la hora convenida, y sin saber qué pensar de su ausencia.

Había oído la voz de su padre que la llamaba, lo cual le hizo abandonar el jardín y salir á la calle para no ser visto.

Pero habiéndose perdido el eco de aquella voz, volvió á entrar, acercándose sigilosamente al tronco de la encina, que era el lugar de la cita.

Ni Sofia ni Magdalena acudían.

Esta acaso había ido á informarse del paradero de la primera.

No tenía más remedio que esperar.

No volvió á acordarse de aquella dama á quien había visto entrar en el coche, porque lógicamente pensando, no podía relacionarse con la tardanza de su amada.

¿Cómo admitir que, si el hecho entraba en la categoría de las aventuras, fuese la joven heroína ó víctima, ni aun que se tratase de ella?

¡Imposible!

Pero el tiempo pasaba, esperando en vano, y aquella seguía brillando por su ausencia.

La circunstancia de un wals ó de una polka, comprometida con alguno de los convidados, podía ser causa de aquella tardanza, que la desesperaría, pues no ignoraba que su amante la esperaba.

Tampoco podía ser esto.

Julio echó de ver que desde su entrada en el jardín, no había vuelto á resonar la orquesta.

Era un descanso demasiado largo el que se tomaban los músicos.

También notó que el bullicio que producen tales fiestas, iba extinguiéndose poco á poco, hasta que cesó del todo.

¿Habían trasladado el baile á los salones?

¿Pero por qué, si la noche seguía serena y apacible como empezó?

Otra circunstancia vino á confundirle más.

Restablecido el silencio, los criados de la casa empeza-

ron á apagar las luces del jardín, que quedó bien pronto sumido en sombras.

Sólo le iluminaba tenuemente el resplandor sideral de las estrellas.

Tampoco la fachada de la casa, que daba hacia aquel lado, ofrecía ninguna luz.

Era indudable que la fiesta se había interrumpido bruscamente por cualquier circunstancia repentina.

Julio, aunque contrariado, esperaba aún.

Era imposible que Sofia no acudiese á la cita, suponiendo que él estaba allí, ó que no justificara su ausencia por medio de la jorobada.

Cualquier cosa que ocurriese la hubiera dado tiempo para avisarle.

Al cabo de tres cuartos de hora que duró su angustiada espera, apareció Magdalena.

—Dispense usted que no haya venido antes,—le dijo,—pues he estado informándome...

—¿Y Sofia?—preguntó el mancebo.

—No la espere usted; no acudirá.

—¿Pues cómo?

—Una repentina indisposición la ha obligado á retirarse...

—¡Dios mío!

—Por esta causa se ha suspendido la fiesta, como habrá podido ver.

—¿Pero es cosa de cuidado?

—Lo ignoro, aunque creo que no, pues he visto de lejos á su padre, y no parecía inquieto ni apurado como cuando se teme una desgracia.

—Bien está; pero como yo no podré estar tranquilo sin saber lo que ocurre, vendré á las ocho de la mañana; haz por esperarme en esa puerta para que me hables de tu señorita; adiós, Magdalena.

Y el joven partió desconsolado por no haber visto á la que tanto amaba, sintiendo doblemente su repentina indisposición.

---

Ya comprenderá el lector que la jorobada no podía darle las noticias satisfactorias.

A la mañana siguiente, cuando se presentó Julio, ya estaba esperándole en la puerta, mientras su padre arreglaba los desperfectos del jardín, ocasionados por la interrumpida fiesta.

El joven notó algo extraño en el rostro de Magdalena; estaba triste, y más que triste, inquieta.

—¿Qué ocurre?—preguntó Julio.

—No lo sé,—contestó la jorobada.

—¿Acaso está peor Sofia?

—Repito que no lo sé... anoche ha debido ocurrir algo grave.

—¿Qué dices?

—A ella, ó á... ¡qué sé yo!

—Pero explicate... ¿de qué se trata?

—Pues bien, la señorita no está en casa.

—¿Que no?

—Sus habitaciones están vacías, y los criados no saben una palabra acerca de tan misteriosa desaparición.

—¿Y mi tía?

—Ignora como los demás.

Julio se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Oh! Entonces era ella... ¡no cabe duda!

—¿Quién?

—Oye, Magdalena; anoche cuando yo me dirigia aquí, habia un coche parado en la esquina de la calle de las Huertas; en él entró una mujer, acompañada de dos hombres del pueblo... vi su falda blanca que se enredó en el estribo...

—Blanco era el traje que vestía anoche la señorita...

—Me pareció oír sollozos ahogados...

—¡Coincidencia extraña!... Sin embargo...

—¿Qué?

—Eso no es probable... pero si... puede ser que lo sea...

—Habla...

—El amo salió anoche mismo á la una, en la berlina que mandó enganchar; le acompañaba uno de sus más íntimos amigos.

—¿Sabes á dónde fué?

—Lo ignoro.

—¿Ha vuelto?

—Todavía no... lo probable es que esté con la señorita... ¡cosa más rara!

—Pero ella no debía saber nada de lo que iba á pasar, puesto que me citaba á la misma hora en que debió desaparecer de aquí.

—¡Es indudable!... además, yo la ví anoche muy contenta... no tenía traza de indisponerse, ni de sospechar nada malo.

—Lo de la indisposición debe ser fábula, porque una persona enferma no abandona su casa...

—¡Por supuesto! ¡Dios mío! ¿Qué podrá haber sucedido?

—Aquella noche volvió Julio para adquirir nuevos informes, que Magdalena no pudo dar.

Sólo le dijo que el banquero había vuelto á las doce del día, dando señales de gran preocupación, y que partió después de cerrada la Bolsa, sin detenerse á comer.

Por el cochero pudo saber que se dirigía á la quinta de las Acacias; pero tocante á Sofia, ni una palabra.

Así transcurrieron seis días.

Pimentel regresaba á su casa por la mañana y partía á la quinta por la noche.

Julio, no pudiendo moderar su impaciencia, se presentó en la calle de Cantarrana, solicitando ver á su tía.

Como ésta ignoraba las relaciones que mediaban entre los jóvenes, tuvo que interrogarla con maña y habilidad.

Poco adelantó en la entrevista.

Doña Clara no le dijo más sino que Sofia estaba en la quinta, á donde partiera repentinamente y sin saber por qué, la noche del baile.

La buena señora estaba disgustada por la conducta que el banquero usaba con ella.

Encerrado en una incomprensible reserva, no contestaba nada concreto á sus preguntas sobre su hija, y durante las breves horas que pasaba en la casa, hacía lo posible por no cruzar la palabra con ella, manifestándose molesto con su presencia.

—Si esto sigue,—decía,—no tardaré mucho, aunque lo sienta, en salir de aquí, pues no he dado motivo con mi conducta para que se me desprecie de esta manera.

En esta entrevista, Julio adivinó parte de la verdad.

El banquero había descubierto las relaciones con su hija, y estaba ofendido con doña Clara, que no había cuidado de defender el recato de la joven.

¿Pero lo sabía todo?

Julio experimentaba cierto remordimiento; había comprometido á la anciana, á quien el banquero echaría la culpa de todo por tratarse de su sobrino.

Una mañana muy temprano se dirigió á la quinta de las Acacias.

A cierta distancia se detuvo, emboscándose entre unas matas que bordaban el camino de la posesión.

Eran cerca de las diez cuando el ruido de un carruaje le llamó la atención.

Era la berlina del banquero, que se dirigía hacia Madrid.

Sin duda, iba dentro su propietario.

Esto coincidía con las noticias de la jorobada; aquél entraba en su casa entre diez y once.

Sin embargo, esperó aún tres cuartos de hora.

Nadie apareció por allí.

Las cercanías de la quinta estaban solitarias, pues el camino más frecuentado que conducía á Chamartín y á Hortaleza, iba á bastante distancia.

Aquel no era paso para ninguna parte, fuera de la posesión.

Julio abandonó su escondite, dando un largo rodeo para evitar la puerta, desde donde pudieran haberle visto si al pasar él salía alguno.

Ya hemos dicho que la quinta estaba circuida de una tapia no muy alta, y algo deteriorada.

La intención del joven era saltar dentro, suponiendo que ausente el banquero, su hija quedaría sola.

Por las referencias de la jorobada sabía que la servidumbre no se había movido de Madrid, por consecuencia la joven estaba reducida á los cuidados de la mujer del jardinero.

Buscó un sitio donde la tapia facilitase el escalamiento, hasta que halló uno á propósito, en el que la falta de algunas piedras, formando huecos, le permitía apoyar los piés y las manos.

Al otro lado del jardín sobresalía la poblada copa de un robusto castaño de Indias, cuyas fuertes ramas se prestaban al descenso.

Una vez ganada la posición, podría observar el sitio sin ser visto ni por dentro ni por fuera.

Hizolo así con buen éxito, y oculto entre el ramaje, tendió su vista á uno y otro lado.

El jardín estaba solitario; sólo se percibía el alegre gorgjeo de las aves del otoño.

Las golondrinas habían partido ya en busca de sus nidos africanos.

Algunas nevatillas y tordos revoloteaban de rama en rama.

Aquella quietud y aquella soledad brindaron al joven á que descendiera por el tronco del castaño:

Fué avanzando cautelosamente, sin separarse de la sombra que proyectaba la tapia, tendiendo ansiosas miradas hacia su izquierda, hasta que le cortó el paso una gruta artificial, formada de piedra y de escorias, sobre las que culebreaba, ascendiendo hasta la bóveda, el caprichoso ramaje del lúpulo, cubierto de verde y apretada hoja.

Percibiase cercano el rumor que produce un hilo de agua al caer en un receptáculo cualquiera.

Sin duda, en el interior de la gruta había alguna fuente.

Julio avanzó, procurando apagar el ruido de sus pasos sobre la compacta tierra.

Así pudo llegar hasta la entrada, donde se detuvo, teniendo su curiosa mirada al interior de aquel apacible y poético retiro.

Trabajo le costó el contener una exclamación de júbilo.

Allí estaba Sofia.

Pudo contemplarla de perfil y á su sabor, porque la joven, que no le había sentido, tenía que volver la cabeza hacia su izquierda para verle.

Pero ¡qué transformación en aquellos ocho días de ausencia!

Estaba desconocida.

Palidez, demacración, tristeza, desaliento... todo esto había impreso la cruel mano del dolor en su adorable semblante.

Sobre sus rodillas se veía un libro abierto, que sólo era un pretexto para retenerla allí, porque no leía.

Con el codo del brazo derecho apoyado en la mano izquierda, descansando su mejilla en la otra mano, dirigía su melancólica mirada hacia la bóveda de la gruta de la que colgaban algunas ramas de lúpulo, abriéndose camino entre las piedras.

En el extremo de una de ellas se columpiaba negligentemente una gran mosca de caparazón azul.

—¡Sofía!—murmuró el joven con voz baja.

Ella volvió la cabeza con rapidez, dejando su postura meditabunda.

Su rostro se iluminó con el resplandor de una alegría inefable; se entreabrieron sus labios, como para pronunciar un nombre, que al fin no salió de ellos, y se puso en pie, dejando caer el libro sobre la fina arena que tapizaba la gruta.

Julio avanzó tendiéndole los brazos, albergue amoroso en que ella se precipitó, tal vez sin saber lo qué hacía.

Repuesta al instante de su sorpresa, se arrancó á aquel tierno abrazo, y dando un paso atrás, extendió la mano derecha hacia la salida de la gruta, diciéndole con voz breve y seca:

—¡Vete!

El joven, que tenía derecho á esperar otro recibimiento, no se movió.

—¡Qué es esto, Sofía!—dijo.

—¡Vete!—replicó aquélla, hurtándole una mano que el quería asir.

—¡Pero, Dios mío, así se me recibe!... ¿acaso no me amas ya?

—He dicho que te vayas, y no me obedeces... si, te amo... siempre te amaré... pero es conveniente que me olvides, aunque yo no pueda olvidarte.

—¿Y te dueles de ello?

—Sí; ¡y no me comprometas... en esos ocho días han pasado cosas muy graves... y tanto, que merced á ellas se han roto nuestras relaciones.

—¡Qué se han roto! ¡Sofía, bien sabes que eso no puede ser. Antes nos aprisionaba el amor; ahora hay algo más fuerte que nos impele el uno al otro, que nos estrecha... que nos obliga á confundirnos... y aunque ese algo desapareciera, nuestras ligaduras no podrían desatarse sin romperse.

Sofía cayó sobre el sillón de caña que antes ocupaba, cubriéndose el rostro con ambas manos, á través de cuyos dedos mal unidos, brillaban algunas lágrimas.

—¿Qué ha pasado en nuestra ausencia?—preguntó el joven aproximándose con ternura.—¿Qué es lo que te obliga á emplear conmigo un lenguaje tan duro? ¿Por qué hablas de separarnos? ¿Y nuestro hijo? ¿Qué sería de él entonces?

—¡Nuestro hijo!—murmuraba la infeliz.—¡Si supieras!... no pienses en él. ¡Nunca han de calentar tus mejillas sus tibios besos!... ¡nunca han de regalar tus oídos su encanto balbuciente!... ¡nunca han de enloquecerte sus caricias!... ¡Julio, por Dios te lo ruego! no pienses en ese niño: no ha nacido... ¡ni nacerá!

—¡Qué no nacerá! ¿Acaso ha cortado su existencia la

mano de Dios, antes de que viera la luz y respirase el mismo ambiente que respiramos?

—No; ha sido la mano del diablo la que ha hecho todo eso.

—Explicate...

—Mejor es que renuncies á toda explicación... que me olvides; yo no puedo añadir nada á lo que te he dicho.

—¿Pero crees que ese lenguaje incomprensible, y esa actitud extraña han de satisfacerme? ¿De qué nace esa mudanza que advierto en tí? ¿Qué repentino acontecimiento que yo no deba saber, te inspira una conducta tan contraria á la que has usado conmigo antes de ahora? Me parece que yo tengo derecho á ser curioso, á saber lo que me ocultas tan sin motivo.

—Reconozco ese derecho que alegas, pero no he de hablar, digas lo que digas, y hagas lo que hagas. Muy pronto sabrás á qué atenerte respecto á lo que llamas mudanza, que sólo lo es en la forma, mas no en el fondo. ¿No te satisface el que yo te diga que te amo más que nunca?... ¡que no cesaré de amarte!

—¡Pero me rechazas de tu lado, diciéndome que te olvide! ¡Ingrata! ¿Por qué he de hacer yo lo que tú tienes por imposible? ¿Acaso el cariño que te profeso es de índole distinta que el tuyo? Eso es una pretensión que no admito.

—Pues bien, Julio, haz lo que quieras: en mí no has de ver otra cosa que lo que ahora ves.

---